

Moisés Cayetano Rosado

**UN PASEO POR
LA RAYA**

PRÓLOGO

A lo largo de 30 capítulos de similar -y breve- extensión, describo una serie de viajes por la raya extremeño-alentejana, con ligeras escapadas a la costa, a la Beira Baixa y al interior de esta macrorregión transfronteriza, que han sido y son motivos de continuos proyectos personales, los cuales luego trato de compartir con amigos, vecinos, compañeros, alumnos, ¡con cualquiera que se pone a tiro!

Pienso que es una delicia patear en soledad estos lugares. Una experiencia extraordinaria si lo hacemos en pareja, o en familia. Un placer compartirlo con grupos de una mínima sensibilidad por la magia variada del paisaje, del callejeo urbano, del arte atesorado y tan variadamente multiplicado por el tiempo, de la buena comida y la bebida fabricada por dioses cotidianos.

Cuando cae la tarde en la planicie, con una punteada corona de montañas al fondo, tocando viejas piedras defensivas y percibiendo el olor de unos asados, si estás solo, puedes fantasear hasta elevarte a la sublime altura de lo eterno. Con mi mujer, con mis hijos, con otros familiares, nos hemos confundido en las neblinas del invierno, subiendo calles empedradas que brillan como antorchas; hemos oído a lo lejos el balido de ovejas, el ladrar de los perros reuniéndolas; comido en múltiples rincones, oído su música, visto sus bailes, admirado su lucha cotidiana, en la que también nos afanamos. Con compañeros de trabajo (portugueses, españoles, franceses, italianos, polacos...), he buscado la explicación de nuestra tan agitada historia en infinitos monumentos, fortalezas, iglesias, casonas y palacios, humilde caserío, rostros profundos de tanta buena gente como nos ha salido al paso. Con alumnos adolescentes y mayores (de enseñanza secundaria, de idioma portugués y de español, procedentes de los dos países y de Francia) hemos saboreado la gracia de sus fiestas primaverales y de otoño, el secreto a voces de su humilde y misteriosa comida, el vuelo de sus cantos, de la alegría reposada de vivir, todo su atesorado patrimonio monumental y humano, natural y conformado. Con otros amigos, venidos de puntos tan lejanos como Cuba, Chile, Argentina, El Salvador o Nicaragua, he participado en la comunión de las culturas, en el gusto por el legado tan distinto y a la vez tan atractivo para todos, sudado sus veranos de cuchillo, compensados en las sombras de sierras y orillas de ríos, embalses y de sus fuentes en las reservas naturales.

Esta raya, y estos lugares cercanos a la raya, conforman una identidad que compartimos y en la que existen a la vez notables señas diferenciales que nos hacen distintos, afortunada y complementariamente distintos. Sin duda, un espacio atractivo, que acoge, engancha, marca, deja huella a cualquiera que lo pise; ¡no digamos si lo vive y lo convive! Sea, por tanto, lo que sigue una invitación para los no iniciados y un recordatorio humilde a los que ya conocen lo que aquí se viene a reseñar.

Finalmente, quiero decir que muchos núcleos, espacios y rincones se me han quedado atrás, mereciendo cita en mis breves apuntes; pero son éstos un “libro abierto” que cualquiera puede ir completando. Es tanto lo bueno a descubrir que seguro aciertan enmendándome la plana.

NUEVA VISITA A ELVAS

Va desapareciendo el tópico de ir a Elvas para comprar toallas y comer mariscos en *El Cristo*, aguantando pacientemente colas como si estuviésemos en la puerta de un convento donde nos den la sopa boba. Quizás es que va desapareciendo, o espaciándose, nuestra presencia en la vecina ciudad rayana, de la que los más conocen sólo sus calles comerciales y la zona de la ermita donde está el nombrado restaurante que ofrece comidas exóticas en el páramo.

Lo triste es que muchos, con la urgencia del turista repetido, no han disfrutado de una ciudad verdaderamente hermosa y destacada, que está preparándose seriamente para optar a la calificación de Patrimonio de la Humanidad. Elvas, además de ser una población comercial tradicionalmente importante en la frontera, y tener una oferta variada y atractiva de restaurantes, puede asombrar a cualquiera con su patrimonio artístico, monumental y popular.

Todo su casco antiguo está rodeado por un amurallamiento abaluartado de los siglos XVII y XVIII, que es una fortificación completa, con tres puertas en uso, fosos, cortinas, baluartes, bastiones y explanadas de 5 kilómetros de extensión. Desde él se aprecian los fuertes de Santa Lucía (del siglo XVII) y de Gracia (siglo XVIII), protegiendo a la ciudad desde los cerros que por el sur y el norte la flanquean respectivamente. Posiblemente estamos ante el ejemplo de arquitectura militar más completa de la Edad Moderna de toda Europa, y la mejor conservada; afortunadamente, en el Fuerte de Santa Lucía han terminado hace poco una ejemplar restauración, adaptándolo como Museo Militar, que ha rescatado a dicho monumento de un alarmante deterioro: sólo queda que se haga lo mismo con el de Gracia, uno de los más impresionantes que existen en el mundo.

Dentro de este espacio privilegiado podemos visitar el castillo medieval de los siglos XIV al XVI, desde donde las vistas son extraordinarias a todo el entorno; restos de amurallamiento musulmán; construcciones religiosas góticas, renacentistas y barrocas; su espléndida Plaza de la República, desde la cual salen hacia el castillo calles y callejuelas de preciosa traza medieval; palacios y palacetes junto a casonas de fachadas encaladas en blanco y ocre típico de Alentejo; empedrados en piedra caliza y basáltica mostrando dibujos que sólo los artesanos alentejanos saben hacer; numerosas fuentes de mármol y, ya saliendo de las murallas, extensos jardines que ocupan fosos y explanadas hacia la parte moderna de la ciudad, que al oeste presenta un monumental acueducto de 7'8 kms. de longitud, el Acueducto de Amoreira, construido entre los siglos XVI y XVII.

Por si fuese poco, en los alrededores existe una importante cantidad de restos neolíticos, especialmente dólmenes, en una ruta visitable (hasta programada en cómodos "todo terreno" desde el castillo, a diversas horas), así como villas romanas de meritorios mosaicos, en medio de espesos bosques de encinas y alcornoques, que nos van conectando con otras ciudades y pueblos que poco a poco iremos visitando en adelante. Y como en cualquier población del Alentejo, la gastronomía a base de productos de la tierra (sopas campesinas, carne de borrego, quesos de oveja, vino tinto y aguardiente de la zona), no tienen nada que envidiar a los mariscos que desde aquí llevamos tantos años consumiendo.

DESCUBRIR CAMPO MAIOR

A estas alturas quizás sea una exageración hablar de descubrir Campo Maior, cuando tantos extremeños han disfrutado de sus calles engalanadas con flores de papel en las fiestas que -sin una periodicidad exacta- celebran en septiembre. Otros muchos van al cercano *Barragem do Caia*, amplio y pintoresco embalse, para pescar, bañarse, practicar el campismo, etc. También algunos disfrutaban de sus cada vez mejor acondicionados restaurantes, que hacen la competencia a los de Elvas, sobre todo en la preparación del bacalao, el ensopado de borrego, los asados y los dulces caseros.

Sin embargo, Campo Maior es mucho más. Ya cuando vamos por la carretera que nos lleva desde Badajoz (no el “atajo” que, llegando, se indica a la derecha, sino de frente) tenemos una vista impresionante de su castillo medieval -mandado edificar por el rey D. Dinis en 1310- y de la Iglesia mayor (*Igreja Matriz*), precioso templo de los siglos XVI-XVII, de altísima fachada flanqueada por dos torres gemelas. Como hay que dar un amplio rodeo hasta entroncar con la carretera que viene de Elvas, durante todo el trayecto, a mano derecha, nos irá acompañando esta vista de la ciudad dominada por ambos monumentos a cuyos pies se extiende un caserío de tejados rojos y blancas fachadas que emparentan el urbanismo rural alentejano con el extremeño. Delimitando este espacio, tenemos un amplio lienzo de muralla abaluartada de los siglos XVII y XVIII; no olvidemos que estamos ante una ciudad fuertemente fortificada, fronteriza, enfrentada tantas veces con España, de la que a principios del siglo XIII dependió (1219-1297), al ser conquistada a los musulmanes.

Callejear por su zona antigua es una delicia. El entramado medieval de la misma, lleno de rincones, calles que se estrechan o ensanchan, que se ondulan, que suben la cuesta hasta el castillo (visitable, de hermosas vistas al territorio circundante y caserío en anillo, de amplias chimeneas) nos transporta en el tiempo y nos envuelve con su serenidad, su remanso de paz. Son de garantía sus pequeños restaurantes, en muchos de los cuales han recuperado la artística bóveda extremeño-alentejana, y sus pastelerías, con buenos -y muy azucarados- dulces y café. De garantía son también, en el *Jardim* -la plaza principal-, sus terrazas, donde podemos comer unos deliciosos caracoles a precio más que asequible, y deambular entre la densidad de su arbolado, arbustos y parterres.

Entre este *Jardim* y la Iglesia principal está la Plaza del Ayuntamiento (*Câmara Municipal*), que al medio tiene uno de los *Pelourinhos* (Picota o Royo, en español) más hermosos de la Península. Y al lado de esta Iglesia, con magníficos altares de mármol, una capilla (*Capela dos Ossos*) forrada de huesos humanos de la que sólo existe otro modelo en todo Portugal, en Évora; recordatorio tétrico y pintoresco de que “todos tenemos que morir” y de que “los huesos que aquí estamos, por los vuestros esperamos”. En fin, siempre es un alivio poder seguirlo viendo...

A siete kilómetros en dirección noreste se encuentra una pequeña aldea que recomiendo conocer: Ouguela, con 140 habitantes, castillo de la misma época que el anterior, asombrosas fortificaciones, que una vez más nos hablan de la importancia estratégica de la zona en las guerras con España, y una amplísima vista de la campiña hasta Alburquerque que hará las delicias de cualquiera. Incluso desde ahí se puede ir, por buena carretera, a esta ciudad española, con la que tantas relaciones siempre tuvo, a pesar de los polvorientos caminos en las épocas del contrabando con que tanta gente humilde se ganaba la vida.

EL MIRADOR DE PORTALEGRE

Cuando desde Campo Maior partimos hacia Portalegre, hemos de pasar - en ese recorrido de 47 kms.- por tres poblaciones que hacen más corto y grato el camino: Degolados, Arronches y San Tiago. La primera es un núcleo pequeño, de casas bajas muy blancas y chimeneas alentejanas de buen porte. La segunda es una villa similar a Campo Maior en tamaño, con una iglesia de torres muy airosas y un caserío irregular, compacto y llamativo, pero al que apenas rozaremos, pues la carretera lo va dejando a nuestra izquierda. A esa altura, vamos a contemplar al este la Sierra de San Mamede, amplia y espesa. Al llegar a la aldea de San Tiago, ya el Parque Natural de esta sierra nos invita decididamente a adentrarnos en él.

Estamos enseguida en Portalegre. Ciudad construida en lo alto de un montículo y rodeada de otros, a cual más esbelto. Podemos elegir: campo o ciudad. Nos internamos en el espeso bosque, que asciende por encima del caserío, oteando el horizonte desde altitudes de 1.000 metros, en medio de una fabulosa vegetación mediterránea, o nos adentramos en una ciudad donde entre sus casas blancas, de calles empinadas, admiraremos importantes vestigios de las Edades Media y Moderna.

El Parque Natural de la Sierra de San Mamede ocupa casi 32.000 hectáreas y allí se encuentra el pico más alto de Alentejo: de *São Mamede*, de 1.025 m., desde el cual una gran extensión de Alentejo y Extremadura nos queda a la vista. Una red de caminos medievales conecta distintos puntos del Parque, que nos llevan al norte hasta Castelo de Vide y al sur hasta Esperança, donde existe un núcleo arqueológico con pinturas rupestres. Encinas, alcornoques, robles; jaras, madroños, romero, brezo... copan el terreno que pisamos.

La ciudad de Portalegre, importante núcleo desde el Medievo, por su producción de tejido de lana, posee un castillo de finales del siglo XIII, ordenado construir por el rey Don Dinís. Se conservan aún tres de las diez torres originales de la muralla y otras tres puertas de las ocho que se abrieron en ella; lo podemos ver en nuestro paseo por sus calles laberínticas.

La *Sé* (catedral), construida entre los siglos XVI y XVIII, sobresale - como el castillo- del caserío, con sus dos torres rematadas en punta, destacando en el interior sus cinco capillas. Al lado está el Museo Municipal, instalado en una casona del siglo XVI, con importantes piezas de arte sacro, mobiliario y cerámica, así como una destacada colección iconográfica de San Antonio. Otro museo esencial, subiendo a la Sierra, es la Casa de José Regio, instalado en el que fue hogar de este gran poeta (1901-1969), de valiosa colección artesana reunida por él. Muy cerca, para el que guste del arte funerario, el magnífico cementerio, con valiosas tumbas y panteones neogóticos, neoclásicos, de arte moderno, etc.; pocos le ganan en originalidad.

Ciudad de conventos y palacios, sin igual en patrimonio del siglo XVIII, es digna de callejear reposadamente, descubriendo en sus pequeños restaurantes las habas guisadas con chorizo y tocino, sopa de bacalao, cabrito asado, conejo empanado, su delicioso pan con pasas y, de postre, tocino de cielo y bolo real. ¡Más que suficientes calorías para seguir subiendo hasta el picacho de Marvão!

MARVÃO Y CASTELO DE VIDE

Marvão y Castelo de Vide están en el mismo paralelo que Valencia de Alcántara. Y casi equidistantes de la raya fronteriza: a un tiro de piedra, unos ocho kilómetros de gran belleza, a través de la *Serra de Marvão*, de grandes picachos cortados en vertical y con frondosa vegetación de auténtico, bien preservado bosque mediterráneo. ¡Qué preciosos lugares para recorrer sin prisa, andando, como lo harían en el Neolítico nuestros antecesores, que tantos restos megalíticos -especialmente dólmenes- han dejado en la zona!

Es Marvão un pueblecito de no más de 300 habitantes, totalmente fortificado, con doble amurallamiento: medieval y abaluartado moderno. Situado en lo alto de una cima de 865 m., se accede a él por una carretera serpenteante que nos va descubriendo desde lo alto un magnífico panorama: la región plana de Castelo Branco al norte, vislumbrándose más allá la *Serra da Estrela*, y la *Serra de São Mamede* al sur y sureste. En los alrededores, la vegetación es densa, de grandes árboles y frondoso sotobosque.

Tras atravesar los grandes lienzos de muralla del siglo XVII, entramos en una red de callejuelas en cuesta, de casas blancas, balcones floridos, rejas forjadas, puertas góticas y ventanas manuelinas, sin que falten capillas mínimas y plazoletas de árboles centenarios, desde donde se abarca una hermosa panorámica de los alrededores transfronterizos.

Más arriba está el amurallamiento medieval, con su castillo levantado a finales del siglo XIII, coronando el picacho como nido de águila. Subiendo a la torre del homenaje, descubriremos una de las vistas más impresionantes de todo Portugal, y veremos el cercano Castelo de Vide, villa no suficientemente valorada a pesar de su belleza, compleja y concentrada en una red urbana relativamente pequeña.

Castelo de Vide también presenta doble fortificación: la medieval, con un amplio castillo del siglo XII, que encierra varias callejuelas empedradas, de fachadas blancas, tejados rojos y numerosos tiestos con flores, y la moderna, reforzando externamente la anterior.

A los pies mismo del cerro donde se alzan estas fortificaciones está el barrio judío. Pintoresco barrio de casas muy blancas y portadas góticas, en el que se encuentra una Sinagoga y la *fonte da Vila*, amplia fuente renacentista de granito, con agua fresquísima. Un poco más abajo, la *Praça de Dom Pedro IV*, muy espaciosa y rodeada de monumentales construcciones de los siglos XVII y XVIII; los restaurantes que hay en este lugar son estupendos, tanto para comer açordas, ensopados, cocido alentejano o asado de cabrito y borrego, como para recrearse con su repostería, sin olvidar los vinos densos de este Alto Alentejo.

Antes de marchar, es recomendable visitar su cementerio, en la ladera, con vistas muy reconfortantes a un valle verde y exuberante. Allí está enterrado uno de los grandes héroes de la *Revolução dos Cravos* de 1974: el *capitão* Salguero Maia. Su tumba, muy visitada, es un ejemplo de austeridad, romanticismo y amor del pueblo sencillo hacia sus grandes hombres.

DE NISA A SOUSEL

Tras haber subido, pegados a la raya, desde Elvas a Campo Maior, Portalegre, Marvão y Castelo de Vide, ahora, ya coronando el norte de Alentejo, llegamos hasta Nisa. Ciudad con preciosa alfarería, de barro rojo con incrustaciones de piedrecitas blancas, formando motivos florales, parecida a la cacereña de Ceclavín, y uno de los quesos de oveja mejores que podemos degustar. El cuidado urbanístico es exquisito y por ello la armonía del conjunto arquitectónico es digna de ver y de imitar, conservándose el sabor tradicional de las amplias fachadas blanqueadas, dinteles de granito, puertas de madera recia y grandes chimeneas. Los restos monumentales del medioevo están igualmente muy cuidados e integrados en el conjunto urbano, donde el paseo reposado es sumamente agradable y la compra de bordados y alfarería altamente recomendable.

Bajando en línea recta al sur, en un recorrido de unos 70 kms., vamos a encontrar puntos tan interesantes como Alpalhão, Crato, Alter do Chão, Fronteira y Sousel, en donde conviene hacer las correspondientes paradas.

En Alpalhão, a 18 kms. de Nisa, para comer, a pie mismo de carretera, un cocido alentejano que levanta al más vencido, y pasear por este cruce de caminos que alguna vez nos llevará al oeste, hasta la hermosa tierra de Alcobaça y Batalha.

En Crato, porque en esta villa, que fue sede de la Orden Militar de los Hospitalarios y después de Malta, tenemos un apreciable conjunto de casas de piedra labrada, con arcos ojivales, y un buen patrimonio religioso y palaciego barroco. Un kilómetro antes, veremos en el monasterio fortificado *Flor da Rosa*, del siglo XIV, donde lo religioso y militar de las órdenes de caballería queda de manifiesto de la forma más clara y bella, dada su robustez, potencia de los arcos y magnificencia del conjunto.

Más adelante -siempre hablando de entre 10 y 20 kms.- tenemos Alter do Chão. ¡Qué magia la de sus calles antiguas empedradas y las fachadas blancas, con esa especie de brazos levantados que son las chimeneas! Ciudad de creación romana, fue reconstruida en el siglo XIII y mantiene en su centro un castillo del siglo siguiente, donde se alternan las torres rectangulares con las cilíndricas, de cobertura cónica. Es muy elegante su *Fonte da Vila*, renacentista, en mármol, muy ornamentada. Si tiene hambre, pida *arroz amarelo*, *ensopado de borrego* o *bacalhau com laranja*; y luego compre sus múltiples objetos trabajados a navaja sobre corcho, hueso o madera.

De allí pasaremos a Fronteira, fundada en el siglo XIII por la Orden de Avis: estamos en zona de señorío religioso, con grandes dominios territoriales de dehesas. Si el pueblo es bonito, los que le rodean no lo son menos, en especial Cabeço de Vide, villa termal utilizada desde tiempos de la dominación romana, sobre todo para problemas de reumatismo y afecciones respiratorias: sólo por saborear su serenidad merecería la visita.

Ya en Sousel, con grandes muestras de azulejería setecentista en su *Igreja da Misericórdia*, estaremos entrando en la *terra dos mármores* y en un paraíso para los cazadores así como para los amantes de la caza... en el plato.

Es, en resumen, un paseo ligero, que conviene repasar y saborear detenidamente. Restos neolíticos, romanos, medievales; aguas termales; extraordinaria artesanía, y sabia y antigua gastronomía, contribuirán a atraernos sin remedio.

PARADA Y FONDA EN ESTREMOZ

Estremoz es una de las poblaciones más vistosas del Alentejo. Con origen en una alcazaba medieval del siglo XIII, está a 54 kms. de Badajoz, quedando al lado de la carretera y autopista de Lisboa; si venimos del norte, de la *Serra de San Mamede*, es la encrucijada de los caminos hacia el oeste (Évora, Lisboa...), al sur (Monsaraz, Beja...) y al este (Borba, Elvas, Badajoz...).

La torre del homenaje (hoy *Pousada*: Parador español) tiene 27 metros de altura y está construida en mármol de las canteras que cubren la comarca. En el segundo piso hay una sala octogonal de ventanas trilobuladas, y coronan la construcción pequeños merlones piramidales. A su alrededor, los vestigios históricos son importantísimos: Sala de Audiencias del rey Don Dinís, con bella columnata gótica exterior y bóveda interior estrellada; iglesia de Santa María, del siglo XVI; casas góticas y manuelinas; callejuelas estrechas, y Museo Municipal, con valiosos restos arqueológicos desde época romana y centenares de piezas de cerámica policromada de los siglos XVIII y XIX. Desde la explanada central de este cerro dominamos la *Serra de Ossa* al sur y sureste, destacando el castillo de Evoramonte y un denso encinar en el que pastan millares de ovejas.

La fortificación está rodeada por una muralla abalaurada del siglo XVII, con 13 kms. de perímetro, muy vistosa desde la carretera Badajoz-Lisboa, con cuatro puertas de acceso, en uso. Desde ahí, bajamos por calles empedradas, a juego la piedra negra, basáltica, de la calzada, con la increíblemente blanca, marmórea, de las aceras: pocas poblaciones conservan tan pulcramente este pavimento heredado de siglos; cuando llueve, su brillo le da un aire de cuentos orientales.

Abajo está el *Rossío*, inmensa plaza donde los sábados se celebra un concurrido mercado en el que se pueden adquirir (junto a los productos de huerta, caza y los más variados quesos artesanos de venta diaria) toda clase de antigüedades rústicas, así como animales de corral vivos. Ahí se encuentra la *Câmara Municipal* (instalada en el antiguo *Convento dos Congregados*), con azulejería de enorme belleza en sus escaleras, de pasamanos y peldaños de mármol y claustro renacentista que es una delicia visitar. Muy cerca, otro Museo, de *Muñecos de Estremoz*, que en miniaturas de barro policromado reproduce todas las escenas de la vida popular, las faenas del campo y la artesanía rural, además de muy abundantes colecciones de portales de Belén.

Entre las callejuelas laberínticas, podemos visitar el Museo Rural de la *Casa do Povo*, etnográfico, con importantes piezas campesinas. También en este dedalo de calles tenemos uno de los restaurantes populares más prestigiosos del Alentejo: la *Adega do Isaías*, en cuya puerta el dueño, simpático y atento, asa embutidos y carnes; en el interior, rodeados de grandes toneles de vino arrimados a la pared, podremos saborear en sus mesas rústicas un delicioso arroz con *lebre*, una sopa de *espargos* bravos, una *açorda* alentejana, un *ensopado* de borrego o unas *migas* con carne de cerdo, sin rivales. ¡Y no digamos del vino tinto de la casa o los chorizos y morcillas que prepara Isaías en la puerta de su bodega, bien prensados con un denso pan artesanal!

Si el presupuesto diera para ello, no estará mal dormir en la *Pousada* (de la *Rainha Santa Isabel*); también sirven muy bien de comer. Pero si no, hay un buen número de hostales, limpios y cómodos, que nos dejarán satisfechos

SUBIDA A EVORAMONTE

En la carretera que nos lleva desde Estremoz a Évora, a 14 kms. de la primera, se encuentra Evoramonte. Población que no llega a 2.000 habitantes, la mayoría asentada a los pies mismos de la carretera, y unos pocos -ancianos en su mayor parte- residiendo en lo alto de este cerro occidental de la *Serra de Ossa*, de 474 metros.

Desde abajo, conforme vamos hacia Évora, vemos una muralla en lo alto que nos invita a subir: es de una fortificación perfecta, triangular, mandada a construir por el rey D. Dinis, después de que Geraldo Sempavor (especie de Cid Campeador del primer rey de Portugal, Afonso Henriques) conquistara la villa a los moros.

Tiene un par de hermosas puertas de entrada -defendidas por dos enormes torreones cilíndricos cada una, accediéndose a la de más abajo a pie y a la superior también en coche-, aparte de otros dos portales. Adentrarnos allí es como retroceder en la historia 700 años, no sólo por su amurallamiento sino por el ambiente interior.

Fundamentalmente, dispone de una calle -la *rua Direita*- y sendos callejones laterales que van a dar al campo interior del recinto, donde hay a un lado olivos y pastos, y al otro pequeñas huertas familiares. Comprendemos que, en caso de asedio, con las ovejas que allí pueden recogerse, con los frutos hortícolas y de la siembra, y la seguridad del enorme castillo que se alza al medio, puede aguantarse una prolongada temporada, incluso vivir autosuficientemente a saber por cuánto tiempo.

El recinto conserva en su interior dos iglesias (*da Misericordia*, anexa a un Hogar de Ancianos, y de *Santa María*, con valioso portal gótico, retablo barroco-salomónico, dibujos en el crucero y azulejos, ambas reconstruidas en el siglo XVI); deliciosas casas blancas de un solo piso, con portales graníticos de arco ojival y enormes chimeneas cuyo tiro es de mayor altura que las fachadas, y el castillo, vasto cuadrilátero con cuatro torreones cilíndricos en los ángulos, rodeado por dos vistosos cordones manuelinos. El interior de éste es visitable; consta de tres pisos de salas abovedadas, polinervadas, de pilares poligonales y capiteles manuelinos de granito.

Las vistas al territorio adeshado de los alrededores son excepcionales desde el amurallamiento, que puede recorrerse totalmente a pie. Los días de niebla parece que estamos alzados en una plataforma pétrea, inmemorial, sobre el cielo; por las tardes, las puestas de sol envuelven en rojizos, azules y malvas el denso encinar de donde nos llega el balido de los múltiples rebaños de ovejas de la zona.

En la *rua Direita*, hay un restaurante muy bien disimulado entre las casas rústicas que siempre ha tenido extraordinaria cocina: *A Convenção*, llamado así porque en una casa cercana se firmó el importante tratado que en 1834 puso fin a las guerras civiles entre liberales y absolutistas, con triunfo de los primeros. La tradición señala que las negociaciones se prolongaron mucho quedándoles sólo pan duro para comer, y que eso dio origen a la famosa *açorda alentejana*, compuesta de pan, agua, sal, poleo, diente de ajo y aceite. Pídase en el restaurante, porque es una delicia; junto a un *borrego asado ao forno*, de los que pastan por la zona. Las múltiples hierbas aromáticas que podemos coger por allí mismo, son utilizadas sabiamente en sus comidas.

Última recomendación: visítase en solitario o grupos reducidos; con el bullicio, se rompe el encanto de esta villa donde apenas se ven sombras que caminan.

ÉVORA, PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD

Con 50.000 habitantes, Évora es el mayor municipio de Alentejo y su capital geográfica. La única ciudad de la región con el título de Patrimonio de la Humanidad, si bien muchas lo merecen: Monsaraz y Elvas trabajan su candidatura. Distante a 100 kms de Badajoz, si venimos por Evoramonte nos encontramos con las majestuosas murallas del s. XIV, y de frente el acueducto de *Água de Prata*, de 1537, que se interna en la ciudad por la *rua do Cano*. Si accedemos por Redondo, a la izquierda tenemos la muralla del s. XVII, delimitando al jardín público, donde está el palacio del rey don Manuel, del s. XVI, y unas curiosas y románticas *ruínas fingidas*. Más al centro: restos de las romanas del s. I, reforzadas por los visigodos.

Aquí tenemos de todo y ejemplarmente conservado. Un modelo de armonía constructiva, respeto por el medio urbano, buen gusto y cuidado colectivo. En el medio de esta especie de “concha de tortuga” que es el casco antiguo vemos un exento templo romano del s. II, tipo corintio, probablemente consagrado a Diana. Al lado, la catedral, gótica de transición, que presenta al exterior dos poderosas torres con remates cónicos: ningún edificio le supera en altura y desde los alrededores es lo primero que vemos de Évora, siempre a bastantes distancia. El interior de esta catedral, la mayor de Portugal, presenta tres naves que son un compendio de estilos, desde el románico tardío al barroco, y su cúpula octogonal sobre trompas es una de las más bellas del país. No se pierdan la visita al claustro gótico, al museo catedralicio y a la sillería renacentista del coro.

Desde ahí, debemos bajar por la *rua 5 de Outubro*, llena de encantadoras tiendas de artesanía y restaurantes acogedores, a la *Praça do Giraldo*, bulliciosa siempre, lugar de reunión y centro de compras. Hermosamente porticada, tiene casi al centro una fuente monumental de granito hasta donde llegaban las aguas del acueducto. De ahí podemos bajar a la Iglesia de San Francisco, parando antes a observar por fuera la Iglesia de Nuestra Señora de Gracia, de tipo renacimiento italiano, con fachada de granito y decoración insólita de atlantes en sus extremos superiores. La de San Francisco es espectacular, con portada manuelina e interior de inmensa nave con bóveda ojival. A un lado, se encuentra la *Capela dos Ossos*, capilla ornamentada en pilares y muros con la osamenta y cráneos de unas 5.000 personas.

Volviendo otra vez al norte por las estrechas calles de esta ciudad radiocéntrica, entre nuevas iglesias, palacetes y rincones pintorescos, llegamos al *Largo da Porta de Moura*, una amplia plazoleta con fuente y abrevadero de mármol en estilo renacentista, limitada al sur por la *casa Cordovil*, con elegante terraza de arcos geminados y tejado almenado, rematado en flecha cónica, de estilo árabe.

Un poco más arriba, entre un derroche monumental que no podremos atender del todo, está la Universidad. Antigua universidad jesuita, de puro estilo renacentista italiano, se ordena alrededor de un claustro central porticado, al que se abren las aulas que aún mantienen preciosos púlpitos de madera y revestimiento en sus paredes de azulejería con motivos de las materias que allí se enseñaban.

Cuando llegue la hora de comer, no estaría mal entrar en la *Adega do Alentejano*, en la *Cozinha de Santo Humberto* o en el *Fialho*. Sirven deliciosos entrantes, de aceitunas, queso, *petiscos* de cerdo, diversas ensaladas y buen vino de la casa. Luego, como siempre en Alentejo, *açordas*, *ensopados*, asados y pastelería casera: necesario aporte en calorías para el trabajador del campo y para el turista fatigado.

MONSARAZ, LA PIZARRA HECHA ENSUEÑO

Quien visite Monsaraz, a una docena de kilómetros de la raya con España, allá donde el río Guadiana deja de hacer frontera con la provincia de Badajoz, entre Cheles y Villanueva del Fresno, se sentirá extrañado de una cosa: que aún no sea Patrimonio de la Humanidad, a lo que aspira desde hace algún tiempo. Monsaraz, situada a 90 kms. al suroeste de Badajoz y 60 kms. al sureste de Évora, es una población sorprendente. Encaramada, como tantas en la frontera, en lo alto de un vistoso montículo, a los pies del Guadiana, conserva vestigios desde la más remota prehistoria, abundando en los alrededores buen número de megalitos, que merecen una visita. Pasó por ella la civilización romana, a la que siguieron los visigodos, llegando en el siglo IX a ser tomada por los moros y formar parte enseguida del reino de Badajoz.

Cuando en 1252 es reconquistada por don Sancho II, fue entregada a los Templarios, obteniendo once años después carta foral. Desde esa fecha hasta el final de las guerras de Restauración contra España, a mediados del siglo XVII, vivió su época de esplendor, pues constituyó una plaza fuerte de vital importancia. De ahí su extraordinario legado arquitectónico militar, tanto en fortificación medieval como abaluartada, que le recubren como un doble caparazón de tortuga inexpugnable. Y lo sorprendente, para los que venimos acostumbrados a visitar fortalezas de granito, caliza o piedra arenisca, es la casi exclusividad de piedra pizarrosa en los enormes paredones, torres, castillo, e incluso iglesias, casas y hasta empedrado de las calles. Por cierto, todo se conserva, tras sabias y oportunas restauraciones, en un grado óptimo, admirable. Da un poco de sana envidia, pues no es fácil que una población que pierde su importancia estratégico-militar y económica, y que queda fuera de ruta (para acceder a ella hay que ir intencionadamente a ella y sólo a ella), esté tan vital, habitada, activa y sabiamente rehabilitada, sin el mal gusto de la especulación rápida o de las torpes actuaciones oficiales, corrientes en otros ámbitos.

Tras pasar los distintos lienzos de murallas, por callejas estrechísimas e impecables, llegaremos a su calle central, que viene a ser como una espina dorsal de su cuerpo en forma de pez. Allí está la Iglesia Matriz (Nuestra Señora de la Lagoa), de los siglos XVI al XVIII, de airoas torres y columnas poderosas de pizarra, con cabecera de estilo góticorromano; una picota del siglo XVIII y, al fondo, el castillo, de forma casi redonda, donde se celebran a veces corridas de toros y exhibiciones ecuestres: desde su Torre del Homenaje se domina un hermoso paisaje de lomas de pastos y encinares. Pero, en realidad, todo el pueblo es un gran mirador, y desde las terracitas de sus pequeños y bien cuidados restaurantes podremos contemplar puestas de sol llenas de malvas, rosados y, a veces, rojo encendido de la gran planicie alentejana.

La villa está llena de tiendas de recuerdos, y es posible comprar a precios razonables piezas de alfarería, de corcho y mimbre, así como mantos tradicionales de lana multicolorada. El vino de la zona (*vinho de Reguengos de Monsaraz, concelho* del que forma parte) es un caldo con cuerpo, de los que se pegan a la garganta e invitan a comer su incomparable *borrego ao forno*, su cabrito y los omnipresentes *ensopados*.

Al otro lado del Guadiana, y a 10 kms. de Monsaraz, está Mourão, paso obligado para volver a España o llegar hasta el impresionante embalse de Alqueva, 30 kms. más allá. Es recomendable visitar su castillo medieval y la Iglesia Matriz. Y si se trata de comer, no olvidar su *caldeirada de peixes do rio* y de postre *enxarcada*: les reforzará sus deseos de volver.

DE MOURA A BEJA

Un poco más abajo del enorme paredón de la presa de Alqueva, en la orilla izquierda del Guadiana, tenemos a Moura. En su nombre, como tantas ciudades alentejanas, lleva el sello de su creación o más bien reconfiguración musulmana, pues los vestigios primitivos se remontan a la Edad del Hierro. Estamos ya a la altura del límite sur de la región extremeña y en pleno distrito del Bajo Alentejo.

Al visitante le llamará enseguida la atención, más que su grandioso castillo medieval, mandado edificar por D. Dinis sobre la antigua edificación islámica, y más que sus iglesias renacentistas (declaradas dos de ellas, la de S. João Batista y Santo Aleixo, monumentos nacionales), el desarrollo urbano de la población. Así, nos encontramos con una morería al este de notable traza, con perfecto empedrado de calles serpenteantes, casas deliciosamente encaladas y chimeneas cónicas o troncopiramidales de gran tiro; un delicioso jardín, envidiablemente cuidado, con rocallas, densas masas vegetales y agua en abundancia, que es un ejemplo para todos, y un callejero por todo el resto de la ciudad limpio, armónico, en donde fuentes y placitas invitan al descanso. En su plaza principal, amplia y siempre ajetreada, llena de tascas, he comido uno de los *ensopados de borrego* más sabrosos de toda la región.

De allí, podemos pasar a la capital del distrito sur: Beja, dejando a mitad de este camino de casi 60 kms. la ciudad de Serpa, que también merecería una visita, sobre todo a sus murallas, centro histórico, acueducto y noria gigantesca.

Beja, a pesar de que bajo la dominación romana fue uno de los principales centros administrativos de la Península (*Pax Julia*), conserva fundamentalmente un vistoso patrimonio arquitectónico árabe y renacentista. Su núcleo histórico se desarrolla sobre un plano en forma de concha de tortuga, y destacan allí el castillo y un largo lienzo de muralla, que llevan por el norte a un airoso arco romano; las iglesias de Santiago (catedral) y Santo Amaro, pegadas a la Torre del Homenaje de la fortaleza; la *Praça da República*, con su arcadas manuelinas, *Câmara Municipal*, iglesias de la Misericordia y del Paraíso, y el *pelourinho*, a un paso del anterior complejo monumental, así como un sin fin más de iglesias y conventos, junto a palacios, jardines y plazas, en los que se recrea lo mejor de la arquitectura romana, bajo medieval, renacentista y neoclásica. De todo este derroche de belleza, me quedo con el castillo y en especial su extraordinaria Torre del Homenaje, mandada a construir -como tanto en el centro y sur de Portugal- por el rey D. Dinis; con cuarenta metros de altura y tres salas de bóveda estrellada, está coronada por finas almenas rematadas en estilizadas puntas piramidales que asemejan lanzas de guerreros apostados en lo alto: delicioso en sí y delicioso por las vistas que se contemplan.

Beja es una ciudad para pasear tranquilamente. Para detenerse en cada rincón, en cada monumento, en sus múltiples museos, entre los que destaca el *Regional*, en el *Convento de Nostra Senhora da Conceição*, de gran valor arquitectónico y muy completo en sus colecciones escultóricas. También es ideal para hacer una parada y fonda, pues su oferta hotelera es amplia y al alcance de todos los bolsillos, desde el más abultado (acogedora *Pousada de S. Francisco*) hasta el más humilde, en sus múltiples *residenciales* del centro. Para comer, la oferta es generosa; prueben las *migas à pastor*, el *cação de coentrada*, *chispe no forno*, *leitão ensopado*, *iscas de cebolada*, *açorda mexida de safio...* y de postre: *tortas de freira*, *papos de anjo*, *pastéis de Santa Clara* o *quiejinhos de hóstia...* y ya ¡directos al cielo!

MÉRTOLA, VILLA MUSEO

Cuando uno se va acercando a Mértola, ve los carteles que la anuncian con un reclamo publicitario: *Vila Museu*. Pocas veces se corresponde tan fielmente lo promocional con lo real; Mértola es una villa bajoalentejana que constituye en sí un gran museo, un libro abierto de arte, de historia, de civilizaciones. Estamos casi llegando a las sierras que anuncian la región portuguesa del Algarve y queda al lado ya la provincia de Huelva; el Guadiana es navegable (¿lo seguirá siendo tras que funcione plenamente el embalse de Alqueva?), y todos los alrededores forman un denso bosque mediterráneo que le ha valido al paraje la calificación de *Parque Natural do Vale do Guadiana*.

Mértola aparece elevada en un alto promontorio rocoso, asomada al río, que discurre apacible, ancho y profundo; rodeada en gran parte por muralla romana, completada más tarde por los musulmanes (fundamentalmente almohades), a los que seguirían posteriores reforzamientos. Población longitudinal, de estrechas, largas calles en pendiente, permite un viaje en el tiempo como pocas. En los sótanos del Ayuntamiento se encontraron restos romanos y allí mismo se ha creado una estructura museológica muy peculiar, que recrea todo un espacio urbano del siglo I; algo similar ocurre con la Escuela de Enseñanza Secundaria, en cuyo patio se excavó una necrópolis romana y una capilla del siglo XVI. Muy cerca, ya en el extremo sur de la población, se encuentran el Museo islámico y el Museo de Arte Sacro; en la zona hay pequeños talleres que imitan piezas de estas civilizaciones: anillos, collares, gargantillas, brazaletes, en oro y plata, así como piezas de cerámica; también es posible adquirir licores del Parque Natural, como aguardiente de madroño (bastante fuerte) o una riquísima miel.

En lo alto, al norte, sobre una acrópolis romana, queda el castillo, con torre de 1290 y estructura de los siglos XIV, XV y XVI, en cuyo interior hay depositados capiteles, ábacos e impostas de edificios de los siglos VI y VII, de cuando Mértola pertenecía al reino visigodo de Toledo. Al lado está la antigua mezquita, de 1170, reconstruida en el siglo XVI; conserva intactas sus cinco naves, cuatro puertas de arco peraltado y el mirhab. Más necrópolis, sobrepuestas la judía a la musulmana, ésta a la paleocristiana, que a su vez se elevó sobre la romana, y ella sobre otra de la Edad del Hierro, se encuentran en esta zona. El arqueólogo Claudio Torres dirige un equipo altamente especializado que está consiguiendo abrir al público todo este complejo, dotándolo y revitalizándolo sabiamente.

De todo, destaca en especial el legado islámico, del que se están obteniendo infinidad de materiales cerámicos, cuentas de vidrio, forja, etc., al tiempo que cobra auge una nueva artesanía local que recrea estos saberes medievales, incluido un taller de telar, tipo musulmán, que hoy sólo se conserva en el Rif. Igualmente, se están levantando casas antiguas de tapial, especialidad que ya se había perdido, consiguiendo construir casas de confort sin atentar contra el patrimonio y el legado histórico.

También se cuida en Mértola la buena cocina alentejana, y es posible comer una deliciosa *cabeça de borrego assado no forno*, una *feijoada*, un *jabalí estufado ou no churrasco* o, con el río tan cerca, unas *enguías fritas* y un *arroz de lampreia* que nos ayudarán a reponernos del intenso paseo.

LA COSTA ALENTEJANA

Cuando estamos viajando por la inmensa planicie alentejana, abrasante en verano, siempre necesitada de un golpe de lluvia, apetece hacer una escapada hacia el mar, estirando la raya hasta el Atlántico en esa *Costa Azul* que es el destino de tantos extremeños, no sólo en vacaciones sino frecuentemente en fines de semana.

Si accedemos desde el sur, entramos por el *concelho de Sines*, topándonos con un reguero de playas bajas y arenosas, suaves, delimitadas por roquedos calizos, de plegamiento inclinado hacia el mar, que las acotan y evitan la monotonía de una costa sin fin. Son tantas que hemos de escoger. Yo me quedo primero con la playa frente a la islita *do Peseguiro*, donde además de comer un envidiable *arroz de mariscos* podemos deambular por su impresionante fuerte del siglo XVII al borde mismo del agua; enfrente tenemos el islote, al que se puede llegar en barcaza de pescadores (también organizan paseos en barco desde Sines): allí encontraremos restos de otra fortificación similar y vestigios cartagineses y romanos, que durante siglos fueron saqueados por los múltiples piratas que buscaron refugio en el lugar.

A unos 3 kms. está Porto Covo, que merece mención aparte. Aldea de pescadores, conserva una plaza y calles que confluyen a ella de enorme plasticidad, maravilla de urbanismo y arquitectura alentejana preservados desde el siglo XVIII, restaurado y acondicionado todo: pavimentos, fachadas, casas, bares... con un gusto fuera de lo común, predominando el adoquinado calcáreo, el blanco de fachada, azulón en zócalos, rojo y blanco en puertas y ventanas, teja árabe y mucho arbolado. A este atractivo se une el de sus playitas de arena blanca y fina, su agua cristalina y el pescado abundante, que podemos tomar en sugerentes *caldeiradas de peixes*.

De ahí, todo un rosario de playas nos llevan hasta Sines. Es posible que la de *San Torpes* nos interese más ahora. Si las anteriores eran pequeñas, familiares, aquí estamos ante varios kilómetros de arena, que entroncan con Sines, capital del *concelho*, donde podremos visitar su castillo medieval y la Iglesia Matriz gótica, reconstruida en el siglo XVIII. A 17 kms. al este se encuentra Santiago de Cacém; antes de continuar por las playas, merece una ojeada: la justifica su sobresaliente castillo, con muralla casi completa de diez torres y barbacana prácticamente íntegra; pero sobre todo, la cercana ciudad romana de *Miróbriga*, uno de los ejemplos romanos más completos que se conservan en el mundo.

De allá, volvemos de nuevo a las inacabables playas, todas seguidas, 60 kms. más, hasta la *Reserva Natural del Estuario del Sado*. Habremos ido pasando por la muy frecuentada de *Melides*, por la de *Carvalhal*, la de *Comporta*, y recalaremos en esa lengua de tierra rodeada de mar que es *Troia*, que nos pone enfrente de Setúbal y conserva unas valiosas ruinas romanas -*Cetóbriga*- con 2000 años de antigüedad.

Bordeando el río Sado, dejamos las playas para descansar en Alcácer do Sal, la *Salatia Urbs Imperatoria* de los romanos, ciudad episcopal con los visigodos y uno de los emplazamientos más poderosos de la Península con los árabes, reconquistada por los cristianos en 1217. Todas estas civilizaciones han dejado allí su impronta, destacando su monumental castillo, síntesis de estas culturas. Él le ha dado su nombre a la ciudad: *Alcácer*, alcazaba, fortificación (topónimo árabe). Y *do Sal* por haber sido ya con los romanos un gran productor de sal. Hoy lo es de arroz, de corcho, de piñones, y lugar delicioso para el turista reposado.

SESIMBRA Y LA *SERRA DA ARRÁBIDA*

Desde el estuario del río *Sado* hasta el del *Tejo*, tenemos un rosario de playas que son el destino más cercano de los veraneantes de Badajoz y de gran parte de Extremadura: inmediatamente después de Setúbal comienza la intrincada y bellísima *Serra da Arrábida*, Parque Natural, que en su borde sur se arrima al mar por medio de pequeñas calas, en las que se disfruta del mar rodeados de intensos, apretados bosques de pinos y alcornoques.

La *Serra da Arrábida*, de donde procede el delicioso queso de *Azeitão* y exquisitos vinos de cosechas pequeñas y selectas, tiene un encanto natural que encontraremos en pocos lugares, con sus senderos sinuosos, intrincados cerros, pequeños pueblecitos, sosiego y paz inalterados en medio mismo del bullicio al borde de Setúbal y a un paso de la gran Lisboa.

Linda con ella al oeste, participando de su verdor y anunciando otro espacio increíble de gigantescas piedras calizas con plegamientos aflorados al borde del mar, la ciudad de Sesimbra. Precioso pueblo de pescadores, de una extensísima playa que termina en el puerto pesquero y queda recogida por las montañas que protegen la población como si fueran grandes manos formando un cuenco.

Sesimbra está escoltada desde lo alto por un magnífico castillo de origen musulmán, tomado en 1147 por D. Afonso Henriques, primer rey de Portugal. Rehabilitado en 1200 por el rey D. Sancho I, tras intensas guerras con los almohades, pasó a manos de la Orden de Santiago. Las vistas a la *Serra da Arrábida* y a Sesimbra desde allí son espectaculares, y el paseo por las laderas, muy cuidadas, resulta gratificante, con la visión del mar inmenso al fondo.

Abajo, cortando en dos la playa, en marea alta, está la Fortaleza de Santiago, mandada construir por el rey D. Manuel, concluyéndose en 1648. Se mantuvo como fortaleza militar hasta 1832 y actualmente pertenece a la Guarda Fiscal, pero puede visitarse libremente durante gran parte del día. Hasta allí nos llega el olor irresistible de los asados de los múltiples restaurantes de la ciudad. Pescados y mariscos recién capturados son una tentadora oferta para el visitante, que aquí se encuentra en un paraíso gastronómico portuario, con precios razonables.

A unos doce kilómetros está el *Cabo Espichel*, cortado sobre el mar a una imponente altura, y desde donde vemos, diminutas, playitas casi de juguete. Aquí podemos seguir la huella de dinosaurios que poblaron la zona hace doscientos millones de años y encontrar -con un poco de suerte- algunos fósiles de ammonites y pedruscos calizos de caprichosos plegamientos en tirabuzón, rizo, espiral...

Desde este cabo hasta la misma desembocadura del Tajo, nuevamente las playas se dan la mano una a otra, entre escarpes calizos y de arenisca profundamente erosionados y de gran belleza hasta la *Praia de Albufeira*, y de suave inclinación arenosa hasta Caparica, con un fondo interior impresionante de relieve fósil, que posee la calificación de *Paisagem Protegida*: sus cárcavas en abanico, iluminadas por el sol poniente, adquieren tonos anaranjados que dan la sensación de grandes masas de tierra encendida. Lugares para pasear, recrearse en la fantasía de las rocas, respirar tranquilidad. A un paso mismo de allí, la Bahía del Tajo forma un mar interior, urbanizado en su línea de costa, de gran riqueza ecológica, que también merece recorrer.

EL ESTUARIO DO TEJO

La autopista que nos lleva desde Madrid hasta Lisboa, atravesando de este a oeste todo el Alentejo, se desdobra ligeramente al norte de Setúbal en dos grandes brazos. Por el de la derecha accedemos a la capital a través del Puente Vasco de Gama y de frente por el Puente 25 de Abril. En cualquier caso, atravesaremos el estuario del río Tajo -*Mar da Palha*-, dejando entre ambos las populosas poblaciones de Montijo, Barreiro, Seixal y Almada. Enfrente queda la enorme, bellísima y romántica capital de Portugal.

¿Quién no conoce Lisboa: su *Baixa Pombalina*, el Barrio árabe de *Alfama*, con el portentoso *Castelo de San Jorge* en lo alto del cerro, en cuyas faldas se derraman las calles laberínticas de la antigua morería; el *Chiado*; las expansiones urbanas que nos llevan, tras la *Avenida da Liberdade*, al Complejo de la Expo-98, a la *Praça de Espanha*, al Zoo, al *Aqueduto das Águas Livres*, a *Monsanto*, a la zona del *Mosteiro dos Jerónimos* y la *Torre de Belém*? ¿Quién no ha oído fados improvisados en su barrio alto, montado en sus tranvías decimonónicos, comido los mejores mariscos y pescados en el *Rossío*, comprado libros de ocasión cerca del *Largo do Rato*...? ¿Y quién desde allí no saltó a esas joyas que son Estoril, Cascais, Sintra, Queluz...?

Sin embargo, pocos habrán cogido en la estación fluvial de la *Praça do Comercio* uno de los barcos de pasajeros que desde ahí nos llevan al otro lado del estuario, recalando en Almada, Seixal, Barreiro o Montijo. Sin duda, recomiendo vivamente la excursión, pues a pesar de lo densamente urbanizado de este espacio, donde residen tantos alentejanos que emigraron a la capital, se conserva el sabor de los pueblecitos de pescadores respetuosos con el entorno, con un bien preservado espacio natural ribereño, paraíso de aves acuáticas estables y migradoras, de peces residentes, migradores, anádramos y catádramos, moluscos y crustáceos. Calificado como *Reserva Natural*, el estuario conserva a la vez otros tesoros que se están poniendo en valor, con su revitalización: magníficos *mohínos de maré* -molinos de mareas-, que a partir de comienzos del siglo XV se implantaron en la zona y estuvieron en uso hasta mediados del siglo XX; embarcaciones tradicionales de vela: fragatas, falúas, canoas... de pasajeros y de pesca; bosques de pinos con densos sotobosques, etc.

Casi al medio de todo este pequeño paraíso nos queda Seixal, ejemplo de acertada conjugación de lo urbano y lo rústico, del campo y la ciudad, de lo aldeano y populoso, que deberemos conocer. Su *Ecomuseu*, creado en 1982, es un ejemplo de actuación para la conservación y valorización del patrimonio natural y cultural que abarca todo el *concelho*. Destacan sus viejos molinos restaurados, sus barcos de vela recuperados y su amplio paseo fluvial-marítimo de asombrosa riqueza ornitológica y piscícola. Desde allí, además, las vistas de Lisboa, en la puesta de sol, son inigualables en belleza y serenidad. Aparte, ¡qué bien saben preparar el bacalao a la brasa, los caracoles de huerta cocidos con hierbas aromáticas, los peces del estuario asados al carbón! ¡Y qué vida tan sosegada, a los pies mismo del bullicio y las prisas de Lisboa!

A un lado y otro, están las demás poblaciones del estuario, a donde dirigir pequeñas excursiones con sus múltiples barcazas, con sus barcos de vela nuevamente aptos para la navegación. Poblaciones en las que conjugar el bullicio con la tranquilidad y contemplar un poco del Alentejo trasplantado en los hombres y mujeres que emigraron y siguen soñando con su tierra de origen a la que vuelven fielmente de continuo: la autopista nos acerca a la región en cuestión de minutos.

VUELTA A LA RAYA

Tras haber estado unos días por la costa alentejana y el estuario del Tajo, la vuelta a la inmensa planicie de Alentejo nos hará pasar -si elegimos la carretera nacional en lugar de la autopista de peaje- por tres poblaciones dignas de visita: Vendas Novas, Montemor-O-Novo y Arraiolos, antes de adentrarnos en los terrenos más conocidos de Évora, Estremoz y Elvas.

Vendas Novas es una agradable población con Palacio y Capilla Real del siglo XVIII, cuando fue posada de la Corte. Sede del Cuartel de Artillería que tuvo un glorioso papel en la *Revolução dos Cravos* de 1974, hoy posee un importante museo artillero en recinto abierto: desde la carretera nacional, que atraviesa la villa, vemos los impresionantes cañones con ruedas del cuartel de la *Escola Prática de Artilheria*, que supo en su momento ponerse al lado de las luchas populares. Una parada allí no debe hacerse sin probar sus *granadas*... dulce tradicional de la zona.

Más adelante, Montemor-O-Novo, a medio camino entre Lisboa y Badajoz (algo más de a cien kilómetros de cada una), ofrece un vistoso castillo medieval en que moros y cristianos fueron alternando su fervor constructivo y defensivo, hasta crear una impresionante fortaleza en lo alto de un airoso cerro que domina gran parte de la planicie. El Centro Histórico presenta una abundante colección de iglesias y conventos de los siglos XVI al XVIII, entre quienes destacan la Iglesia de la Misericordia y el Convento de Santo Domingo, así como diversas casonas de buena factura y plazuelas de exquisito gusto. Son excelentes sus creaciones artesanas en cuero, madera y cuerno, así como la variada cestería, que se ofrece en múltiples tiendas, que se alternan con restaurantes tradicionales, donde saborear logradísimos *ensopados de borrego*, *migas alentejanas*, *empanadas* y *queijadas*.

En Montemor se está preparando un magnífico Archivo de la Reforma Agraria, que guarda miles de documentos de las luchas campesinas de la *Revolução dos Cravos*, un auténtico monumento a lo más genuino de esa revolución romántica que llevó la colectivización de tierras a más de 1.100.000 hectáreas -básicamente en Alentejo- y empleó a más de 70.000 personas, en la segunda mitad de los años 70 del siglo XX. El Archivo está llamado a ser uno de los Centros de Investigación y Estudios más importantes de Portugal.

Arraiolos, distante de Montemor al este como Vendas Novas al oeste, unos 25 kms., queda en lo alto de un promontorio, y sus calles en cuesta llevan al curioso castillo medieval de forma casi circular. Otra vez más, las iglesias y conventos de los siglos XVI al XVIII remarcan la monumentalidad de la población, junto a la Casa de los Arcos, la antigua Cárcel Comarcal y el *Pelourinho*, los tres del siglo XVI. No obstante, lo más famoso de Arraiolos -de trascendencia internacional- son sus *tapetes*, multicolores, multiformes alfombras de lana, que aún se pueden ver tejer en las puertas de las casas, y admirar en conjunto en su Galería de Exposición Permanente en los *Paços do Concelho*. Se considera que su inspiración es de origen persa y que esta labor fue traída por artistas árabes refugiados en Alentejo.

En Arraiolos, el paseo por sus calles empinadas y su hermoso castillo circular debe ser completado con los sabores de su gastronomía, sabiamente conservada en el tiempo. Empanadas de caza, salchichón y tocnillos de miel son ofertas tentadoras para reconfortarse antes de continuar el camino hacia la cercanía de la raya.

COMER EN BORBA

Confieso mi especial debilidad por Borba, una población sencilla, agradable, tranquila y donde lo monumental queda ensombrecido por su magnífica gastronomía, servida con encanto en sus tascas numerosas, mínimas, de un especial sabor. De Badajoz queda a unos 45 kms., que si se hacen por la autopista se cubren en el mismo tiempo que atravesar esta ciudad; luego, allí todo está a mano y el callejeo es uno de sus atractivos.

En noviembre, Borba se viste de gala para celebrar su *Festa da Vinha e do Vinho* y entonces es posible -en una carpa monumental que se instala en el *Jardim*-degustar lo esencial de buen número de esos pequeños restaurantes, representados en la fiesta con sus mejores platos; allí también, múltiples *concelhos* y comerciantes de la zona ofrecen la publicidad de sus recursos turísticos y productos artesanales de todo tipo: podemos comprar desde un capote alentejano a un queso de oveja, desde un mueble de madera trabajado con útiles manuales rústicos, a un aceite verde y denso como la gelatina, desde platos de barro pintados a mano hasta los más variados embutidos. Y allí, igualmente, podemos escuchar *saias*, *fados* y *canções* atesoradas a lo largo de años, generación tras generación, con un respeto y gusto que estremecen.

Sí, hay muchos pequeños restaurantes donde saborear *burras assadas* (quijadas de cerdo), *migas con carne de porco*, *mirlos* (sesos de ternera), *perna de borrego no churrasco*, *bacalhau assado*, *pezzinhos de coentrada*, *costeletas de porco na brasa...*, esos postres caseros que rompen con la voluntad del mayor observador de regímenes estrictos: *sericaia com ameixa*, *arroz doce*, *pudim de ovos*, infinitos *doces da casa...*, sin olvidar sus bien afamados vinos y *bagaços*. Pero yo prefiero esa más de... una docena de casas de comida humildes, con sus toneles de vino arrimados a las paredes, con sus mesas corridas y su faenar de antiguas posadas, de comida olorosa a hierbas aromáticas y a vino espeso como la sangre cuajada. Y sobre todas ellas, destaco los nombres de *A Talha* y la *Adega do Poço*, que nunca defraudan, familiares como nuestra propia casa.

Para rebajar la copiosa comida, una vuelta por la población también nos depara sorpresa. Sus tiendas de antigüedades son justamente afamadas, por la variedad, calidad y justo precio. Sus murallas medievales en el centro del pueblo -con caserío interior- constituye un importantísimo patrimonio; la *Fonte das Bicas*, de mármol bien ornamentado, del siglo XVIII, es una de las más bellas de Portugal; las pequeñas *capelas* barrocas haciendo esquinas en múltiples encuentros de calles, igualmente en mármol, tan abundante en el *concelho* (todo el subsuelo es de esta piedra noble, que está muy a flor) son de extraordinario valor; la azulejería de la entrada y escaleras de la Câmara Municipal, del siglo XVII, rivaliza en belleza con la de Estremoz, y sus iglesias -de los siglos XV al XVIII- guardan tesoros respetables en altares y capillas.

Los cuatro kilómetros que le separan de Vila Viçosa son pura y continua carretera de mármol, con buenos talleres artesanos, donde obtener productos de interés, desde simples planchas lisas a adornos de fuentes, balaustradas y todo tipo de esculturas: un mundo de blancos veteados en todas las gamas de colores, que también debemos visitar. Y así, sin darnos cuenta apenas, nos veremos de pronto en ese mundo de verdor que es Vila Viçosa, donde de igual modo merecerá realizar una parada reposada.

VILA VIÇOSA: EXPLOSIÓN DE VERDOR

Vila Viçosa, la villa, la ciudad “viciosa”, o sea, exuberante, llena de verdor en sus alrededores, en la enorme dehesa de 2.000 hectáreas que servía en el pasado de reserva de caza a los duques de Bragança (luego reyes de Portugal, de 1640 a 1910, en que se implantó la República), es conocida y visitada principalmente por su Palacio Ducal. Grandiosa construcción levantada entre los siglos XVI y XVIII, que domina una enorme plaza en cuyo centro se alza la estatua de D. Juan IV, el primer Bragança que llegó al trono de Portugal.

Sin duda, este monumento de 110 metros de longitud, de mármol blanco, de 50 salas visitables, con valiosos tesoros de azulejos, pinturas murales, tapices de Bruselas, alfombras de Arraiolos, preciosos jardines clásicos, claustro manuelino de gran belleza, museo de carrozas y atractiva sala de armas, seduce a gran número de entusiasmados visitantes. Únase a ello la *Pousada D. João IV*, en un lateral, de exquisito gusto, digna de recorrer en sus galerías llenas de tesoros en muebles excelentes, más tapices y cuadros, claustro agradabilísimo y estancias cómodas, donde se puede descansar, sin que nadie te exija ni una consumición mínima (recomiendo, no obstante, su café y chocolatinas). Cerca está, viniendo de Borba, la curiosa *Porta dos Nós* y un rosario de iglesias, palacetes y rincones agradables de ver.

Sin embargo, de la ciudad yo prefiero su zona más antigua, el casco intramuros, que ocupa un pequeño promontorio, desde el que se domina todo el restante caserío. Las murallas, mandadas levantar en el siglo XIII por el rey don Dinis, fueron reforzadas con bastiones en el siglo XVII, y rodean todo el casco antiguo donde habitan aún buen número de familias, en casas primorosamente blanqueadas, de puertas con arcos ojivales y teja árabe. Su conservación es ejemplar, y pueden ser recorridas totalmente, permitiéndonos ver por entre sus almenas el hermoso paisaje de alrededor. En su interior se encuentra la *Igreja de Nostra Senhora da Conceição*, remodelada en los siglos XVIII y XIX; el cementerio -donde podemos visitar la tumba de la gran poetisa romántica Florbela Espanca, natural de Vila Viçosa- primorosamente cuidado, como todos en Portugal, dotado de una monumentalidad que nos habla del respeto y culto fúnebre heredado de siglos, y el castillo medieval, rodeado de profundos fosos, en cuyas salas y corredores se encuentra un Museo Arqueológico, así como el Museo de la Caza, con armas y piezas cobradas por los duques de Bragança en todo el mundo. Desde la terraza del Museo podemos contemplar una bellísima panorámica del entorno.

En una de las rampas de salida de este recinto fortificado -en la explanada occidental- veremos el *Pelourinho*, gótico-manuelino, del siglo XVI, así como varios cañones del siglo XVII, utilizados en la Guerra de Restauración, que les llevó a independizarse de España en 1668. El resto del recinto es un vergel de flores, plantas, arbustos y árboles de todo tipo, surgidos y mantenidos gracias al microclima montañoso que allí se origina y al cuidado y mimo de la propia ciudad.

Vila Viçosa, población enclavada sobre un subsuelo totalmente marmóreo, es lugar idóneo, lógicamente, para adquirir artesanía de objetos de mármol, y también de estaño. Su gastronomía sigue la tradición alentejana, si bien aquí podemos decidirnos por el gazpacho, la sopa de tomates, el *borrego ao forno* y, de postre, *çericaia* y *tibornas*. Éstas últimas, hechas con rebanadas de pan frito en aceite de oliva y que, aún calientes, se cubren con otro poco de aceite, azúcar y canela, son el orgullo de su repostería, toda ella -desde luego- de primera línea.

EL CONCELHO DE ALANDROAL

El *concelho* de Alandroal –lindando a Vila Viçosa por el sur- está pegado a la raya en uno de los espacios más discutidos de nuestra frontera: la zona limítrofe de Olivenza. En los mapas y planos oficiales portugueses, esa separación no aparece, pues su reivindicación sobre todo el territorio oliventino continúa siendo materia apasionada. En cualquier caso, la construcción de un puente nuevo, al lado del histórico y aún por rehabilitar de Ajuda, acerca a estas comarcas, separadas por el río Guadiana, que al comenzar el *concelho* de Alandroal, en la *freguesía* de Juromenha, adquiere gran prestancia, visto desde su fortaleza abaluartada, igualmente majestuosa e imponente.

Juromenha es población mínima, de un par de largas calles, con casas primorosamente encaladas, de altas chimeneas, tan altas como las fachadas. Desde su fortificación se divisa un amplio territorio, en especial de Los Llanos de Olivenza y el río, muy ancho en esta parte, y más que lo será cuando se llene el embalse de Alqueva, cuya cola llega hasta este lugar; los lienzos de muralla del siglo XVII se conservan impecables, con agudísimos ángulos, fosos profundos y baluartes de impresionante solidez; dentro quedan los restos del castillo medieval, de tierra compactada, así como una hermosa iglesia, una capilla y diversas construcciones de estancias militares, pues el enclave fue históricamente importantísimo en la frontera tanto en tiempos medievales como modernos. Hoy, la población ha venido a menos, pero es una delicia el paseo por sus calles, así como el degustar en su restaurante *Casa Mateus* una *escalda de peixe* (no la encontrareis mejor en ningún otro lugar), *carpa frita*, *migas com entrecosto* o *borrego assado no forno*, sin olvidar sus deliciosos *doces da casa*, con precios muy al alcance de todos los bolsillos.

Dieciséis kms. más al suroeste está Alandroal. Su castillo -en el centro de la villa- fue fundado por D. Dinis, pero tiene amplias influencias musulmanas en su construcción; con dos puertas de arcos góticos, al norte y al oeste, encierra en su interior un caserío en semiabandono que sería preciso restaurar, pues es de gran calidad urbanística y constructiva. Son dignas de conocer en Alandroal la judería, así como las múltiples iglesias que ennoblecen con su porte la ciudad, y su fuente renacentista de mármol, en la *Praça da República*, donde se encuentra la monumental Câmara Municipal. La cocina de sus restaurantes es fuera de serie, y tiene gran fama *A Maria*, donde el *cozido de grão*, *chispe assado no forno*, *borrego à Ti Maria*, *pezinhos de coentrada* o su repostería se elevan a la categoría de arte.

Todo el *concelho*, en fin, es digno de recorrer con detenimiento. Y en cualquier caso, no podríamos salir de él sin visitar, 10 kms. más al sur, Terena, de esbelto castillo medieval, al que se llega atravesando su magnífica y sencilla *rúa directa*, de portadas góticas, renacentista y barrocas, inmensas chimeneas y artístico *pelourinho* con fuste de pizarra. A 1'5 kms. se encuentra el *Santuário de Nossa Senhora do Boa Nova*, Monumento Nacional, mandado edificar por la reina castellana doña María, mujer de Alfonso XI e hija de *D. Afonso IV el Bravo*, al tener la feliz noticia de la ayuda portuguesa a Castilla, tras inicial oposición de la Corte, en la Batalla del Salado (1340). Con planta de cruz griega y almenas musulmanas, es una fortificación gótica de singular belleza, como una maqueta de castillo en el llano, de valiosas pinturas interiores. La romería que allí celebran en mayo conserva un sabor popular y medieval extraordinario, como ocurre con la *Semana do Guadiana*, organizada cada mes de junio por el *concelho*.

VILLANUEVA, ALCONCHEL Y CHELES, AL BORDE DE LA RAYA

Entramos, tras larga estancia en Portugal, bordeando la raya de castillos y fortificaciones, de lomas adhesionadas y rebaños de ovejas, dejando atrás Terena y un poco más abajo Mourão, por la inmensa planicie que nos lleva a Villanueva del Fresno. Villanueva es un símbolo contundente de nuestras luchas de frontera, si bien hoy sus brazos están gozosamente abiertos a la más fructífera convivencia. De su fundación seguramente templaria apenas quedan en pie unos paredones del castillo defensivo: al capitular durante la Guerra de Restauración portuguesa, de mediados del siglo XVII, fue saqueado y arrasado. De esa fecha, eso sí, nos queda el diseño de su traza urbana, de calles amplias y rectas, que salen de la plaza central donde se encuentran la Iglesia parroquial y el Ayuntamiento.

Importa destacar la armonía de este pueblo encalado, de los más representativos de lo que llamamos *pueblos blancos*, muy agradable de pasear con sosiego y tapear en sus bares, sin olvidar una visita a la Iglesia parroquial, de importantes retablos barrocos, con una *Pasión* en madera dorada de serenidad sobrecogedora.

Hacia el norte, a una docena de kilómetros, está Alconchel. Desde mitad de camino ya vamos disfrutando de la airosa vista del castillo. Impresionante fortaleza templaria, del siglo XIV, que culmina un monte en forma de triángulo equilátero casi perfecto, cuya Torre del Homenaje prismática, de sección cuadrangular, domina un amplísimo entorno. El castillo tiene refuerzos para disponer armas pesadas de artillería, a causa de la Guerra de Restauración, que le da a una muralla envolvente cierto aire abaluartado y contribuye a acentuar su carácter inexpugnable y de bronca belleza.

Desde allí, las vistas al caserío son excelentes, destacando la blancura de las fachadas, el rojo de las techumbres, el serpenteo de sus calles. Y en ellas, otra vez encontramos esa disposición para la copa y el tapeo tan propia de nuestros pueblos extremeños, que aquí se completa con la calidad y buen precio de la comida extremeña de sus restaurantes, muy cuidados y agradables.

Torciendo otra vez hacia el oeste, rozando de nuevo a la raya, llegamos a Cheles, que también sufrió lo suyo en la Guerra de Restauración y ahora... con la previsible inundación de gran parte de su término por la cola del pantano de Alqueva. Cheles conserva en su arquitectura muchos rasgos portugueses, herencia de la antigua dominación, y merecen ser visitados el palacio de los condes de Vía Manuel -antiguos señores del lugar-, que conserva el pasadizo que sirvió en su día para comunicar esta residencia con sus jardines, y la Iglesia parroquial, con interesante escalinata en mármol de Vila Viçosa y el enterramiento de los citados condes. Por los alrededores se encuentran importantes vestigios de población eneolítica, con pinturas y grabados en roca al aire libre.

En Cheles podemos comer unas riquísimas carpas fritas o bogas asadas, así como una extraordinaria carne de cordero a la brasa, y pasear por un entorno -hacia el río Guadiana- magnífico de encinares, que cuando nos desplazamos para Olivenza nos acompañará todo el tiempo. En medio del río hay una curiosa isleta -de la Ceniza- donde se celebran actividades de confraternización rayana en primavera, regadas con buen vino y “chamuscadas” con los asados de los peces del río y carne de oveja y cerdo, que abren el apetito sólo con evocarlo.

OLIVENZA, ENTRE DOS CULTURAS

Olivenza es el abrazo de las culturas hispano-portuguesas -y más en concreto extremeño-alentejanas- llevadas al extremo, al acertado extremo de lo sincrético, elevado a la categoría de arte en cada rincón y, por supuesto, en cada monumento. Desde que divisamos la ciudad, se llegue a ella por donde sea, ya nos sobrecoge su estampa cincelada a lo largo del tiempo, presidida por la imponente Torre del Homenaje de su castillo de los siglos XIV y XV, mandada a construir por el rey D. Juan II de Portugal. Conforme nos acercamos, los lienzos de muralla, de perímetro ovalado, los baluartes y la magnífica puerta del Calvario, de los siglos XVII y XVIII, nos delatan la relevancia militar y su papel en las continuas guerras de frontera.

Fundada en el siglo XIII por la Orden del Temple, Olivenza –la *Olivença* portuguesa- guarda en su trazado el recuerdo medieval de rincones, calles serpenteantes, plazuelas, pasadizos volados, rejas en ventanales y balcones, blancura en las paredes, rojo de arcilla en los tejados. El recio castillo (hace las delicias de los visitantes, subiendo la rampa de su Torre, tan cuidadosamente rematada en sus corredores, ventanales, estancias interiores, terrazas, miradores); su espacioso patio; las construcciones anexas de la Panadería del Rey -actual Museo Etnográfico “González Santana”, uno de los más completos de la Península-, y al exterior las puertas de Alconchel y la de los Ángeles, conforman un espacio histórico tardomedieval de alta calidad artística. Todo ello, muy bien rehabilitado, atendido y ofrecido al visitante.

Al lado mismo, tenemos la Iglesia de Santa María del Castillo, renacentista, realizada en los s. XVI y XVII sobre otra anterior del XIII, con bellísima azulejería barroca policromada, y a pocos pasos la de La Magdalena, ligeramente anterior en el tiempo, manuelina, majestuosa en sus inusitadas columnas retorcidas, su altísima bóveda estrellada de la nave central, sus altares barrocos, la excelente azulejería. Y sin habernos sobrepuesto de tanta grandeza, nos topamos con el actual Ayuntamiento, antiguo Palacio de los Duques de Cadaval, cuya puerta de entrada, recargada, espectacularmente manuelina, es estampa conocida en medio mundo.

Podemos seguir admirando palacios, casonas, cuarteles, conventos (en la capilla de la Casa de Misericordia se encuentra el mejor ejemplo de azulejería portuguesa, con historias del Antiguo y Nuevo Testamento), plazas y paseos. Nuevos jardines centrales y de barrios, trazados con maestría. Casitas que nos confunden: (¿estamos en Alentejo?), con sus fachadas bajas y chimeneas de tiro gigante... Podemos perdernos revisando la magnífica Biblioteca de Estudios Portugueses y la de Estudios Ibéricos que el Ayuntamiento, gracias al tesón de su bibliotecario, Luis Limpo, ha logrado -y sigue logrando- reunir. Sin duda, nos encontramos ante un extraordinario patrimonio, que debería serlo “de la Humanidad”.

Pero Olivenza también ofrece una rica cocina con la que animarnos el estómago, parte esencial de los viajes: cocido y caldereta extremeños, guisos de caza menor y mayor, así como su envidiable repostería, en la que destacan las tartas de almendra, los pasteles de higo y de bellota, pero sobretudo la *técula-mécula*, que muchos quieren imitar en Extremadura y Alentejo sin conseguir el especial sabor, la peculiar textura que aquí se le da, sobre todo en la *Pastelería Fuentes*. Por si fuera poco, la amabilidad de la gente, su serena amistad y ese acento único de matices portugueses y “manto” extremeño, tan cantarín, tan alargado y silbante en las vocales, nos acabarán por conquistar sin otras condiciones.

BADAJOS, LO INTRÍNSECAMENTE RAYANO

Cuando exhibimos nuestros valores patrimoniales, turísticos..., Badajoz queda relegado. Se justifica el atractivo por su gran oferta comercial, sus importantes servicios sanitarios y su Universidad. Sin embargo, esta ciudad al borde de la raya, que casi se precipita al otro lado de la frontera en su imparable expansión, guarda tesoros que la hacen especial no sólo en nuestro entorno, sino en toda la Península.

Badajoz tiene una hermosa Alcazaba (con un completo Museo Arqueológico en el restaurado palacio de los Duques de La Roca, del s. XVI), vistosa y completa, a orillas del Guadiana, que es un legado almohade sin igual. Sus puertas en recodo, en especial la del Capitel, y sus torres albarranas, sobretodo la de La Atalaya, no tienen rival en el arte militar islámico. Inmediatamente debajo, la Plaza Alta, con sabor renacentista, corredores porticados y bóvedas de aristas, su prolongado rectángulo que comunica a través del Arco del Peso con la Plaza de San José y sus casas mudéjares, nos empujan a una trama urbana medieval llena de rincones, plazoletas, callejuelas en cuesta, que siguen conservando ese rescoldo musulmán lleno de vitalismo que nos caracteriza.

Más al sur, y antes de llegar al cinturón de amurallamiento abaluartado del s. XVII (uno de los mejores de Europa, a pesar de pasados destrozos para facilitar la expansión urbana, y que hasta bien entrado el s. XX fue el límite del poblamiento), el derroche de casonas, iglesias, conventos, antiguos cuarteles, nos habla del largo pasado señorial, religioso y militar de la villa: siempre en lucha con Portugal, reforzándose ante las continuas pependencias, elevando testimonios de piedra, parapeto y arte ante el permanente enemigo que ahora se hermana sin rencores. Y en medio, la Catedral, como una fortaleza, faro y protección, recia por fuera, pequeña, hermosa y bien tratada en su interior gótico, renacentista y barroco: ¡qué gigantesco tabernáculo su altar mayor!, ¡qué derroche de altorrelieves su coro inigualable!, ¡qué hermosura su claustro con paredes de azulejería policromada, de arabescos, y sus bóvedas marcadamente portuguesas!

Hay que pararse en el Museo Catedralicio, con sus tablas de Luis de Morales, las piezas de alabastro, marfiles, orfebrería de los s. XVI al XIX. Y de allí al Provincial de Bellas Artes, uno de los mejores en su categoría del país. Entre uno y otro, callejeando por la estrechez del Casco Antiguo, tascas y bares atraen como un imán: ¿encontró alguien más deliciosos churros, migas o cachuelas; tapas de jamón, prueba de cerdo o cochinito frito en otro lado; mejor cocido extremeño, cochifrito o caldereta?

Badajoz exige una larga parada y fonda para descubrir su atractivo de siglos. Y para admirar la modernidad de nuevos barrios en continua expansión, sus parques y jardines que fueron siempre orgullo de toda la ciudad: Castelar, Infantiles, San Roque (necesitado, éste sí, de recuperar la antigua magia “japonesa” que supo darle Antonio Juez)... Para adentrarnos en ese santuario que es el Museo Extremeño e Iberoamericano de Arte Contemporáneo, levantado sobre el antiguo Fuerte de Pardaleras, luego Prisión Provincial, hoy receptor de obras de los mejores artistas de España, Portugal e Iberoamérica; Museo hoy rodeado de excelentes jardines donde reinan las palmeras. Nos queda, eso también, el río por recuperar: para el baño, deportes náuticos, cita en sus orillas, entre los cuatro puentes. Y allá está la emblemática Puerta de Palmas almenada, los dos cerros de vigía (el de La Muela, con la Alcazaba, y el de San Cristóbal, con el impresionante Fuerte que un día habrá de ser puesto en valor). Hay que ir, venir, descubrir esta ciudad-tesoro, firmemente rayana y tantas veces “cenicienta”.

LA MAGIA DE ALBURQUERQUE

De Badajoz hasta Alburquerque hay 44 kms. de deliciosa campiña en un principio, regada por el río Zapaón que va paralelo y cercano a la carretera hasta Bótoa; luego, se espesa un encinar-alcornocal que asciende por cerros y sierras que, a partir del Puerto de los Conejeros, nos dejan ver al fondo la imagen majestuosa del castillo de Luna, como un enorme cirio levantado en la roca gigantesca en que se alza Alburquerque. A un lado y otro, como guardianes del entorno, la Sierra del Puerto del Centinela y la Sierra del Castaño, nos muestran los efectos caprichosos de la erosión diferencial sobre el granito y la pizarra de distinta consistencia: es una de las vistas más bellas que nos sean dado contemplar.

La población, declarada Conjunto Histórico-Artístico, no sólo atesora el castillo roquero de Luna, construido a partir del s. XIV, junto a la mayor parte de lienzos, torres y puertas del recinto fortificado que envolvía a la antigua villa, sino también diversos salientes abaluartados del s. XVII, levantados a causa de los continuos conflictos con Portugal. Pero, sobre todo, hemos de añadir su delicioso barrio medieval de puertas y ventanas ojivales y adinteladas en recia piedra de granito: afortunadamente se encuentra en continuo proceso de restauración, tras anteriores actuaciones “modernizadoras” desafortunadas. Ello se completa con el sinuoso y estrecho callejero, sus vueltas, revueltas, plazuelas, cuevas, terraplenes... Uniremos a todo esto la notable iglesia de Santa María del Castillo, dentro del mismo, románica del s. XII; la de Santa María del Mercado, del s. XIV, de buena estampa gótica, en la explanada occidental de las fortificaciones, y la parroquial de San Mateo, herreriana, del s. XVI, al lado del restaurado y revalorizado Ayuntamiento, que da a su vez a una espaciosa plaza rectangular en dos niveles donde siempre podremos hilvanar una charla sustanciosa con los acogedores habitantes de la ciudad... comer por la mañana unos churros excelentes... y más tarde tapear en sus bares.

Desde el castillo, acertadamente acondicionado como albergue por la Junta de Extremadura, las vistas a la villa y al amplísimo entorno son inigualables. Queda a sus pies la auténtica dehesa mediterránea occidental satisfactoriamente conservada, y prolongándose al norte sucesivas cadenas montañosas que forman la Sierra de San Pedro, sucedida en Portugal por las *Serras de Marvão* y *de San Mamede*, inigualables tesoros ecológicos, todo ello declarado *Reserva Natural*, que invitan a las excursiones a pie, en bicicleta de montaña o a lomos de caballo.

Alburquerque, con esa sabiduría que conservan los pueblos nobles y antiguos, sabe conjugar el arte, el respeto urbanístico y ambiental, la recuperación histórica (magnífico es su Festival Medieval de finales de verano, en el que todos sus habitantes participan), la vida sosegada y en relación amistosa permanente entre sí y con los vecinos de un lado y otro de la raya, con los tesoros de la buena cocina. Tómese en el restaurante *Las Alcabalas*, en el *Castillo de Luna*, en *Machaco*, en *Tegamar*, en *Rolán...*, en tantos, su cocina de caza: venado en caldereta, venado en dos salsas, arroz con liebre, perdiz estofada, jabalí al horno... o cochinitillo, o codillo de cerdo, o revuelto de criadillas de tierra, y verá como el premio al anhelado cielo nos llega al paladar. Todo sin olvidar el antes aludido tapeo por sus múltiples bares (váyase en la plaza al instalado en su restaurada y apenas retocada *Ermita*), de generosa y gustosa variedad. Recomendable resulta también comprar embutidos: lomos, chorizos, morcilla, mondongo... de cerdo ibérico, curados en estas sierras que multiplican el sabor natural, al que se unen sus fórmulas *mágicas* de preparación.

VALENCIA DE ALCÁNTARA, PURA RAYA

El nombre de Valencia de Alcántara va especialmente unido a su fabuloso patrimonio de dólmenes neolíticos y al bellissimo barrio judío de portadas graníticas ojivales. Arropada por la Sierra de San Pedro al norte y al este, la Sierra de Alburquerque al sur y la *Serra de Marvão* al oeste, la población se eleva sobre una fabulosa masa granítica de la que han ido saliendo los sillares de sus construcciones.

Valencia es sin duda una ciudad y un espacio geográfico hechos para el paseo. Paseo por las calles, callejuelas, plazas y plazuelas de su casco antiguo, de su barrio medieval; paseo por los cerros y sierras de los alrededores, con sus enormes encinas y alcornoques, sus castaños, robles y nogales, sus bolos graníticos, dorsos pétreos de ballena, gigantescos pedruscos de todas las formas y disposiciones.

La visita urbana debe comenzarse por el citado barrio gótico-judío, derramado por diecinueve calles en las que se conservan más de 200 portadas en las que reina el granito y los arcos ojivales, conservándose una sinagoga de arcos de medio punto peraltado y columnas de fuste cilíndrico muy similar a la portuguesa de Tomar, y todo ello de traza y ambiente parecido a la judería de Castelo de Vide. Al este se encuentra la iglesia parroquial de Nuestra Señora de Rocamador, de los siglos XV y XVI, declarada de interés histórico-artístico, en cuyo interior se guarda una hermosa tabla de Luis de Morales y una talla de Cristo crucificado atribuida a Berruguete, sobrecogedora en su retorcimiento expresionista. Al lado mismo está el castillo, de enorme torre de homenaje, que data del siglo XIII y se encuentra reforzado por un recinto abaluartado de los siglos XVII y XVIII, con recios paredones.

De allí hemos de volver al centro de la población, llegando ahora a la Plaza Mayor, pavimentada en 1873 con piedras calcáreas traídas de Portugal, remodelada posteriormente, pero conservando el antiguo trazado en ondas a dos colores. Ahí se encuentra el Ayuntamiento, de amplio atrio con arcos de medio punto y columnas cilíndricas; el Mercado de Abastos; la iglesia gótico-renacentista de la Encarnación; el Palacio del Gobernador de la villa, y la antigua Prisión, que forman un conjunto de gran belleza y armonía.

Con todo lo esbozado y ser de suma importancia además su acueducto de origen romano, los conventos de Santa Clara y San Francisco, sus paseos ajardinados de las expansiones del sur y los múltiples caseríos y pedanías de los alrededores, hemos de destacar especialmente el patrimonio megalítico, del que se conservan en el término municipal 33 dólmenes graníticos y 8 de pizarra, además de varios castros y construcciones de falsa cúpula de la Edad del Bronce. La excursión para verlos siempre es una delicia, subiendo entre rocas y espesa vegetación, por veredas y caminos bien asentados, serpenteantes. Hay señalizadas y bien atendidas seis rutas, cada una de las cuales lleva a unos cuatro o seis dólmenes, donde lo impactante de los monumentos funerarios se une a la rica vegetación y la amplitud de vistas paisajísticas.

Un regreso a la población, tras las excursiones, nos lleva al primor de su gastronomía. No debemos marcharnos sin probar el buche de cerdo (sólo en primavera), las cachuelas, el frite de cordero, la chanfaina, el gazpacho (de verano) y las migas, sin olvidar los platos a base de caza mayor y menor, así como la variadísima repostería, de la que los fritos borrachos, las roscas, tortas de chicharrones y bollos de Pascua son “bocati di cardinali”.

ALCÁNTARA, CIUDAD DE FRONTERA

Al igual que Valencia, la ciudad de Alcántara está a un paso de Portugal, a donde nos invita a penetrar a través del puente romano más bello y monumental que existe, escasos metros más abajo de la espectacular presa, en la confluencia de los ríos Tajo y Alagón. De 194 metros de longitud, 8 de anchura y 61 de altura, se sustenta sobre seis extraordinarios arcos de medio punto, de sillares graníticos perfectos; en el centro, sobre pretilos, se eleva el arco de triunfo, con inscripciones referidas a Trajano y los 11 pueblos indígenas que sufragaron su construcción, y con lápidas conmemorativas de Isabel I y Carlos V, en cuya época se le añadieron las almenas. Al tomarlo, para encaminarnos al país vecino, dejamos atrás un templete en honor al emperador Trajano - de cuya época es el monumento- y los dioses Romúleos; en el otro extremo, se levanta la torre defensiva de la fortificación del siglo XVIII.

Y de este modo, entre un siglo y otro, del II al XIX, la ciudad extiende al visitante sus tesoros, que nos obligan a una placentera visita reposada. Romanos, árabes, caballeros de la Orden Militar de San Julián del Pereiro (conocida como “de Alcántara”, al instalarse aquí en 1218), así como religiosos y militares de la Edad Moderna, nos han proporcionado un legado singular. De los primeros, el magnífico puente y su templete. De los segundos, la traza urbana, el típico encalado de fachadas, las cilíndricas chimeneas cupuladas. De los terceros, señoriales palacetes, iglesias tardorrománicas y góticas, ermitas y especialmente el Conventual de San Benito, levantado por la Orden de Alcántara sobre una fortaleza árabe. El Conventual, Casa prioral de la Orden - convento , hospedería e iglesia- se construyó en el siglo XVI, siendo en su exterior de estilo renacentista, con atractivo claustro gótico interior y templo de tres naves, de ornamentación plateresca. Allí, tras su acertada restauración, se celebran frecuentes actividades culturales, sobresaliendo el Festival de Teatro Clásico, de periodicidad anual, lo que hace de Alcántara una ciudad imprescindible en la ruta de los espectáculos culturales del oeste de la Península.

Ya en la plena Edad Moderna, además de culminarse el Conventual, destacan los palacios de los Topete Escobar, de los Barcos y de Torreorgaz, así como la ermita de los Remedios y la iglesia de San Pedro de Alcántara, en cuya entrada -en la plaza- encontramos una magnífica escultura del santo natural de la villa. De esta época son los importantes restos de muralla abaluartada que reforzaron la medieval y defendieron la ciudad en las continuadas guerras con los vecinos portugueses.

Pero con ser toda la ciudad un puro monumento, no lo es menos el arte de su cocina, expoliando las propias tropas napoleónicas el recetario de los frailes del convento de San Benito, con lo que después se alzaría en buena parte la refinada y famosa “cocina francesa”. Todos aquellos platos que hablen “de Alcántara” -si no hay fraude- han de ser de garantía. ¡Qué *bacalao... a la moda de Alcántara*, frito con aceite de oliva, patatas, espinacas y ajo! ¡Qué *perdiz... a la moda de Alcántara*, con su brandy, vino de Oporto, mantequilla, almendras, pimienta negra y sal! ¡Qué delicia de *faisán*!

Para postre, *cazuelas* -¡también!- *de Alcántara*, con almendras, leche, azúcar y harina de arroz. Todo ello en sus múltiples y asequibles restaurantes, que alegrarán el camino hacia el norte: antes de entrar en Portugal merece perderse por los “tesoros” ecológicos, monumentales y urbanos del “techo” extremeño, recomendable visita para una y otra vez. Una breve parada en Piedras Albas, a 6 kms., y en Zarza la Mayor, a 12 más, con su castillo fronterizo de Peñafiel, es un magnífico complemento.

UN SALTO DESDE CORIA A LA VERA Y EL JERTE

Coria, al noreste de Alcántara, río Alagón arriba, es una encrucijada de caminos. Sigue desde allí tentándonos Portugal, ahora su comarca de la Beira Baixa. Pero también esa corona montañosa de Extremadura que al norte de esta ciudad episcopal se encrespa en la Sierra de Gata, enlazando al este con Las Hurdes. Y nos tienta irresistiblemente, al otro extremo, el valle acuchillado del Jerte y la maravillosa Vera, que desde Plasencia nos abren un mundo de verdor y pueblos empinados en sierras increíbles. Pero hemos de parar primero en Coria. Sede episcopal visigoda en el siglo VI, joya amurallada con lienzos romanos de los siglos III al V, castillo del siglo XV y catedral de los siglos XIV al XVI, levantada sobre mezquita musulmana. Un libro de historia y arte que se completa en sus palacios, conventos y casonas, y se recrea en el valle amplio, hermoso, del río Alagón, que discurre a los pies de la ciudad, desde donde las vistas son extraordinarias, remansadas, amplias y serenas.

Antes de ir al norte o volver a la raya, nos tienta escapar a la Vera y el Jerte. Un viaje a contracorriente del río que nos acompaña desde Alcántara, cambiado por el Jerte en Galisteo. Llegaremos a continuación en Plasencia, una ciudad primorosa, con espectacular Plaza Mayor y uno de los patrimonios arquitectónicos religiosos mejores de la Península: sólo su catedral merecería la visita, sin olvidar las murallas medievales... ni sus truchas o tencas *al estilo del Jerte* en los mesones... que para todo hay.

El Valle del Jerte, esa cicatriz hundida entre picachos, nos llenará de olores y colores conforme ascendemos camino del Puerto de Tornavacas. Y si el espectáculo primaveral de los cerezos en flor es referencia mundialmente conocida, la armonía otoñal de las hojas cayendo de castaños, nogales, álamos y chopos, entre brumas y frutos silvestres, nos harán enamorarnos irreversiblemente de este espacio mágico donde lugares como la “Garganta del Infierno” nos acercan a lo que a veces soñamos como “cielo”. De allí a la Vera, también por riachuelos clarísimos, gargantas sembradas de bolos de granitos, verdor y pueblos que han sabido preservar su patrimonio monumental (¡qué castillo el de Jarandilla, hoy delicioso Parador!) y en especial el popular, logrando un conjunto que debería ser Patrimonio de la Humanidad.

Tengo especial predilección por el Monasterio de Yuste, donde descansara al final de su vida Carlos V. Por el increíble pueblecito de Garganta la Olla (coman en el restaurante “La Vera” su sopa típica, paletilla y chuletas de cabrito, cochinitillo a la brasa, o en “Los Leones” migas y revuelto de boletus, y beban sus pitarras frescas). Por Jarandilla (no olvidarse del bar “La Cueva del Puta Parió”, su buen vino, excelentes embutidos y buen humor de los que sirven). Por Guijo de Santa Bárbara, más que empinado, colgado en la sierra: ¡qué miel, mermeladas y licor de frambuesas para llevarnos de recuerdo! Valverde, con su plaza impecable de casas de piedra tallada en bajos y adobe arriba, con balcones de madera, porticada con columnas de granito. Y por Villanueva, que al igual que la anterior ha sabido introducir la modernidad sin alterar en lo esencial la nobleza tradicional y rústica de su conjunto, no en balde declarado, como los anteriores, de *Interés Histórico-Artístico*.

Si nos quedase tiempo, ya internándonos levemente en la provincia de Ávila, podríamos admirar los castros celtas, poco más allá de la Garganta de Alardo. ¡Sabían muy bien donde vivir nuestros antecesores, amantes de los espacios libres, el aire puro y fresco, los manantiales profusos, de la Sierra de Gredos!

LA ESQUINA DE SIERRA DE GATA

Tras un salto al verdor de los valles de la Vera y el Jerte, volvemos a la raya por la corona de sierras que nos separan de Salamanca y nos hacen disfrutar de la magia del Valle del Ambroz y las Hurdes, siempre fascinantes y tan atractivas en sus pueblos escondidos, sus piscinas naturales, sus arroyos, sus riscos y quebradas. Vamos a la Sierra de Gata, en el extremo noroccidental de Extremadura, que es una tierra en la que el agua muestra todo su encanto, humilde, omnipresente. No por los grandes embalses o ríos caudalosos de otras partes, sino porque aparece, como salpicaduras, por todos los lugares: arroyos, riachuelos, venas diminutas, que van a engrosar a los afluentes del Tajo; manantiales, encharcamientos naturales, fina lluvia... Por eso, el paisaje es de un verde rabioso, encaramado en cerros y montañas, cubriendo valles y hondanadas; castaños, nogales, robles, pinos, cerezos... zarzamoras, madroños, helechos... alternan con escasos olivos y vides que proporcionan caldos exquisitos.

A este legado físico hay que unir el histórico. Su riqueza natural animó los asentamientos desde la prehistoria, quedando pinturas rupestres y restos megalíticos de interés, estelas e ídolos del Bronce y el Hierro. Frecuentada por los romanos -al existir oro y estaño-, fue primera línea de guerra entre musulmanes y cristianos (especialmente almohades y órdenes militares), que han dejado importantes testimonios constructivos.

Visitaremos Hoyos que, como antigua residencia veraniega del obispo de Coria y la nobleza de Cáceres, posee numerosos palacetes y edificaciones religiosas, en especial de los s. XV y XVI, con hermosos trabajos en granito, tanto en portadas como interiores. A su izquierda, tenemos Trevejo: detenido en el s. XII, con casas de piedra y amplios tejados a dos aguas; castillo en lo alto, hoy en ruinas; hermoso paisaje, verde y amplio, de los alrededores; silencio en el entorno... Un pequeño -y único- bar donde dan buenas tapas y venden artesanía propia es parada obligada en la visita.

Al oeste, San Martín de Trevejo es como un pueblo encantado, con el agua purísima corriendo por el medio de las calles; hermosa plaza porticada; sólidas construcciones de sillares graníticos... Declarado *Bien de Interés Cultural*, como Trevejo, conserva el dialecto de influencia galaico-portuguesa y astur-leonesa medieval conocido como *mañegu*... y una cocina de revueltos de trigueros, quesos, guisos de cordero y cochinillo, que con aceituna negra manzanilla y excelente vino de pitarra son inolvidables; en su Plaza Mayor hay un par de restaurantes donde conviene “repostar”.

Eljas, empinada en uno de los abundantes cerros de la zona, es otra encantadora población, de origen defensivo, con testimonios claros de ello en su castillo y torreones; en el centro del pueblo se levanta su iglesia parroquial, de los siglos XV y XVI. Allá también tenemos el típico dialecto de este rincón preservado, conocido en esta villa como *lagarteira*. La vista del entorno desde allí es impagable.

Valverde del Fresno es otro pueblo forrado de verdor, de bosques y montañas, de agua y de granito. Allí el dialecto toma el nombre de *valverdeiru*. La frontera de Portugal está a unos pasos, y su vecina *Sierra de Malcata* tiene la clasificación de *Reserva Natural*: un inolvidable paraje, similar a esta *Sierra de Gata*.

Como recuerdo, no sería mala idea traerse unos dulces caseros, bollos y flores de San Martín y Valverde; algo de artesanía de madera, sillería o forja; bolillos, ganchillos y bordados de Hoyos y del cercano Acebo. Y a poder ser, vino de pitarra y aguardiente... para tomar con tiento y con prudencia... camino del *bagajo* portugués

DE MONSANTO A CASTELO NOVO

Cuando uno cree que ya nada puede sorprenderle en este mundo indescriptible de la raya, tras haberse alzado al paraíso de verdor y agua de la Sierra de Gata, toma la falda sur de la Reserva Natural de la *Serra de Malcata* y baja hasta Monsanto. ¿Fue todo a la vez, granito en bolos gigantescos y caserones igualmente de granito, confundidos en un levantamiento simultáneo? Esas calles que ascienden y retuercen quebradas plataformas donde brilla el cuarzo, ¿no son también obra de la naturaleza, soberbia, gigantesca en los enormes peñascales de donde se levanta el caserío -como naciendo en sus entrañas- y que lo protege con exageración por todos lados? Y la *Pousada* de Monsanto, tan discreta, de tan buen gusto, siempre recomendable, ¿no forma parte igualmente de la creación infinita de los tiempos, como la bruma constante que desdibuja los tejados, en ocasiones tan cercanos de un lado a otro de la calle que casi se tocan? Y el olor de su cocina, tantas veces centenaria, de cazuelas de hierro, recipientes de barro, leña y horno de piedra, arcilla y cal, ¿desde cuándo preside los fogones donde perfuman el aire con su olor las *feijoadas*, el *cabrito asado*, la *perna de borrego* o la *chafana*?

Monsanto es el resultado de la más delicada y natural confabulación de los dioses y los hombres, como la cercana Penha García, caserío y roquedo que dominan el *barragem* de su nombre y permiten ver hasta las lejanas *Serra da Estrela*, *da Gardunha*, *da Malcasa* y Gata, gozándose de unas puestas de sol inolvidables. O como Idanha-a-Velha, hoy mínimo pueblecito, que en su momento fuera importante ciudad romana, núcleo visigótico, fortificación árabe y sede episcopal en el siglo XII, de lo que conserva importantes vestigios: lápidas romanas, baptisterio paleo-cristiano, muralla medieval, sin olvidar su castillo (como las otras dos poblaciones); en la villa, podemos adquirir recuerdos artesanales de exquisito gusto, que rememoran su pasado glorioso. Las tres poblaciones forman un triángulo isósceles, de apenas 14 kms. entre sus tres ángulos, donde dan ganas de perderse, de confundirse entre el bosque y las piedras monumentales, que invitan al paseo sin prisas, sosegado, siempre reparador.

Pero si nos desviamos ligeramente hacia el oeste, tampoco iremos mal encaminados. En los soberbios contrafuertes orientales de la *Serra da Gardunha* hay un nuevo conjunto de pequeñas poblaciones que van a conquistarnos. Destacaremos Alpedrinha y Castelo Novo, al pie casi de la carretera que desde el norte alentejano y Castelo Branco llevan al cuadrante nororiental de Portugal. Otra vez castillos, casonas, granito en paredones imponentes, agua y verdor, nos acompañan, como sustituyendo a una población que escasea y envejece. Todo son aldeas detenidas en la historia, en su gloriosa historia medieval, y preservadas aún de la avaricia de un descontrolado turismo de consumo novedoso. El silencio predomina, junto al levísimo sonido permanente del aleteo de las bandadas de pájaros y algunas aves de rapiña. Y siempre encontraremos una *tasquinha*, un mínimo restaurante donde degustar la cocina tradicional heredada de la mezcla de civilizaciones que por aquí se han superpuesto.

Más abajo, ya sí, nos encontraremos con una población que no sólo supera los pocos centenares de habitantes de las anteriores sino que suben a más de 50.000 y que tiene ese moderado bullicio de ciudad mediana y actividad constante de capital de todo el amplio entorno: Castelo Branco, cabecera de la Beira Interior Sur o Beira Baixa. Allí habremos de detenernos para admirar su patrimonio y recrearnos en su buena traza urbana y agradable placidez.

LA BLANCA SERENIDAD DE CASTELO BRANCO

Frente por frente casi a la ciudad extremeña de Alcántara, aunque ligeramente más alejada de la raya, está la capital de la Beira Baixa: Castelo Branco, que también desempeñó un papel primordial en las guerras medievales entre musulmanes y cristianos, como tantas, como casi todas en nuestro espacio transfronterizo. Los Templarios construyeron su importante fortaleza y fundaron la localidad; dan fe de ello las murallas defensivas, visita hoy obligada para admirar la construcción y contemplar desde el *Miradouro de São Gens* esta ciudad blanca y bien trazada, ejemplo de urbanismo armónico, desarrollado al margen de la improvisación, la ignorancia y las interesadas especulaciones de otros lugares.

Castelo Branco sufrió intensamente en las guerras napoleónicas, siendo devastada en 1807, pero supo sobreponerse a lo largo de ese siglo, culminando su progreso en 1891 con la inauguración del ferrocarril, clave para su floreciente comercio del corcho. Éste, junto a la explotación de afamados quesos de oveja y cabra, la miel y el aceite de oliva, así como sus colchas de lino bordadas con vivos colores, potencia una desahogada economía, marcadamente agro-ganadera y de industrias derivadas del sector primario, semiartesanales, de alta calidad contrastada. La prosperidad general se manifiesta en el desarrollo urbano del que hablé, y en la abundancia de muy interesantes caserones, palacetes y mobiliario ciudadano. Como en tantas ciudades portuguesas, es digno de destacar el patrimonio religioso: la *Sé* (catedral), las iglesias de *Santa María del Castelo*, de la *Misericórdia Velha*, de *Nossa Senhora da Graça* y el convento de este último nombre. Pero, sobre todo, es imprescindible recorrer el *Jardim do Antigo Paço Episcopal* en la explanada nororiental del cerro del castillo, desde donde podemos llegar, bajando por retorcidas calles y callejuelas de traza, porte y sabor medievales.

El *Jardim*, como el Palacio anexo, fue construido por orden de Don Nuno de Noronha, obispo de Guarda, a finales del siglo XVI, para residencia de invierno. Es un amplio espacio vegetal, a distintos niveles, con arbustos, setos de boj tallados, profusos macizos de flores, lagos, fuentes... y gran cantidad de esculturas de granito adornando escaleras, barandillas, escalinatas, plazuelas, etc. que representan las virtudes cardinales y teológicas, los signos del zodiaco, los continentes, las estaciones del año, doctores de la Iglesia, apóstoles, evangelistas y todos los reyes de Portugal. Es curioso como éstos últimos, de buen porte, tienen una excepción, al representarlos en dimensiones más reducidas y con menos apostura: los “felipes”, es decir, los reyes españoles que a la vez lo fueron de Portugal en el siglo XVII; nuestros Felipe II, III y IV, que allí serían Felipe I, II y III. Así de “tormentosas” han sido nuestras relaciones... y aún sigue siendo amargo el recuerdo de estos reyes compartidos.

Pocos jardines barrocos podremos visitar con tanta belleza y placidez. Como en pocos lugares gozaremos de tan sabrosa gastronomía: *empanada de ternera*, *cabrito ao forno*, *queijos de oveja y cabra...* y una refinada repostería de convento: *papos de anjo*, *barrigas de freira* y *toucinho do céu* de dulcísimo sabor, gozándolo en sus muy diversos restaurantes, de los que podríamos destacar Frei Papinhas, Praça Velha y Zé dos Cachopos, sin rechazar las pequeñas tasquitas de todos los rincones de la ciudad, sencillas, económicas y de excelente servicio. Una veintena de kilómetros más abajo nos espera de nuevo el Alentejo, ese “más allá del río *Tejo* -Tajo-” que enseguida nos conduce a Nisa y a la *Serra de Marvão*, siempre merecedoras de visita, de parada reposada y de gozosa fonda.

VOLAR A LOS PANTANOS DEL ESTE

El paseo por la raya que forman la Beira Baixa y Alentejo con Extremadura, bien merece un recorrido real “a vista de pájaro”, como en otros lugares que explotan sabiamente el turismo están haciendo desde hace ya tiempo. ¡Cuántos helicópteros van y vienen por esa especie de lengua urbana que es Manhattan, para ver desde lo alto el Central Park, el Times Square, la Fifth Avenue, el Soho, Chinatown, la Island con la Estatua de la Libertad! “¡Oh -dirán algunos-, pero eso es el sin par Nueva York!” ¿Es menos fantástica nuestra vieja, quebrada raya, cosida por castillos, fortalezas, iglesias de todos los estilos, pueblos blancos, aldeas empinadas en roquedos increíbles, densos encinares, robles, hayas y castaños, coronas de sierras, valles y planicies, rebaños de ovejas, cabras, vacas, y en el aire, arremolinadas, cigüeñas, rapaces y bandadas de pájaros? Hay que explotar cultural y turísticamente este recurso, que además nos permite en un momento acercarnos al mar reposado de las costas alentejanas y lisboetas, y en el otro extremo llegar hasta los pantanos del este, ese mar interior que tiene Extremadura, nada más entrar el río Guadiana en la región.

¡Merece darse una escapada en nuestro informal paseo por la raya para acercarnos a este tesoro de las comarcas de Villuercas y Siberia! Parar en Guadalupe y desde allí bajar a la Reserva Nacional del Cíjara, terminando en el gigantesco embalse de La Serena, que con sus 13.949 Ha. de superficie y 7.333 Hm². de cuenca, con cota máxima de 3.219 hectómetros cúbicos, es uno de los mayores de Europa.

El Monasterio de Guadalupe, *Patrimonio de la Humanidad* desde 1993, ya de por sí merece la escapada para ver la iglesia -fachada e interior-, los claustros mudéjar y gótico, los museos de Bordados, Cantorales, Pintura y Escultura. Y todo el pueblo, sus placitas, callejuelas, rincones... constituyen un incentivo extraordinario, como lo es la cocina del Parador y del Convento, donde saborearemos un buen revuelto de trigueros, venado frito, guiso de cabrito, queso de cabra, miel y vino de pitarra.

De inmediato en el sur, la ruta de los pantanos es toda una aventura y un goce para los amantes de la naturaleza. Así, el Embalse del Cíjara nos pone en comunicación con Ciudad Real y Toledo, ofreciendo panorámicas increíbles de agua y vegetación, sierras intrincadas, recodos sorprendentes. De allá podremos ir sucesivamente al Embalse de Valdecaballeros, acercándonos a la recia Herrera del Duque, paraíso de la caza mayor y -junto a Fuenlabrada, Helechosa y Villarta de los Montes- de la miel; al de Orellana, *Espacio Natural Protegido*, junto a la Sierra de Pela -donde se elabora un aceite extraordinario-, magnífico para la pesca y los deportes náuticos; al de Zújar, que nos invita por el norte a visitar ese enclave privilegiado de la zona que es Puebla de Alcocer, cuyo castillo del siglo XV se alza sobre una inmensa roca natural que le sirve de base y parapeto, destacando su esbelta torre del homenaje, totalmente cilíndrica, desde donde las vistas panorámicas son de gran belleza. En Puebla de Alcocer hay que visitar también su museo etnográfico y comer en restaurantes como “La Codorniz” conejo de campo al ajillo, chorizo de jabalí y venado, caldereta extremeña, migas con chorizo y torreznos, revuelto de espárragos y -si nos cabecriadillas de tierra en salsa pastora. Por último, está el Embalse de la Serena, tan majestuoso, un auténtico “mar interior”; en su cola podríamos visitar Peñalsordo -de atractiva Fiesta del Corpus, declarada de *Interés Turístico Regional*- y Capilla, cuyo castillo templario posee tres torres cilíndricas aún en pie y portadas de influencia mudéjar, que se repiten también en las calles y rincones arqueados, de ladrillo y cal, de todo el pueblo.

Paraíso de ecologistas, deportistas, amantes del arte, gastrónomos..., esta zona de “mar dulce” nos tentará a quedarnos indefinidamente.

MÉRIDA, EL SEÑORÍO LUSITANO

No es Mérida una población de la raya, como tampoco lo es Cáceres, ambas *Patrimonio de la Humanidad* por lo que en tantos lugares de esta hermosa macrorregión nuestra abunda y forma parte esencial de nuestra identidad: el legado patrimonial; sólo que aquí se concentran los tesoros arqueológicos y artísticos de una manera extraordinaria, inigualable. Medievales en Cáceres; romanos y nuevamente medievales -aunque menos aireados estos últimos- en Mérida. No es núcleo fronterizo, es cierto, pero cuánto tiene que ver con lo rayano.

Si pudiéramos detenernos en Cáceres, pasearíamos por su zona monumental hasta perdernos entre palacios, iglesias, conventos, callejuelas, plazuelas y rincones en rampa, bajando luego a su Plaza Mayor, recreándonos entre las arcadas y soportales que anteceden a tentadores restaurantes, dulcerías, librerías y tiendas de regalo artesanales. Pero una vez más se habría de imponer la “parada y fonda” y no conviene abusar de este “alejarse de la frontera” en un paseo que lo es por ella misma. Un paseo que habremos de acabar en ese otro “faro” de la raya -alejado a 60 kms. de la misma-, que con Évora constituye los dos ojos de esta cara deliciosa que tiene el entrecejo, la nariz, la boca, la barbilla, en el espacio central que hemos ido recorriendo.

Mérida y Évora ostentan una misma carta de presentación: el señorío lusitano conformado, tras duras hostilidades, por la civilización que trajo la colonización romana de hace más de 2.000 años. Mérida es ese puente del siglo I a.C., de 60 arcos y 792 metros de longitud, revestido con sillares de granito almohadillado. Es su teatro y anfiteatro romano, con un aforo de 6.000 y 15.000 espectadores respectivamente. Su acueducto de Los Milagros, que traía el agua desde el Pantano de Proserpina. Su arco de Trajano, de 15 metros de altura. Su Templo de Diana, tan parecido al de Évora. Los múltiples restos de casas, calzadas, columbarios, diques, alcantarillados, murallas, etc. Pero también es la rica presencia visigoda, la extraordinaria alcazaba árabe del siglo IX, con un impresionante aljibe, a orillas del Guadiana. Los palacios, iglesias y conventos del Renacimiento y el Barroco. Las magníficas construcciones del s. XIX (es una delicia comprar en el céntrico Mercado modernista-mudéjar de Calatrava), principios del XX (la colorida Plaza de Toros) y actuales (el emblemático Puente de la Lusitania).

Pero Mérida es también su colección de museos, sobresaliendo el Nacional de Arte Romano, uno de los mejores del mundo, sin olvidar la Colección de Arte Visigodo, el Museo de Geología y la Colección Comarcal de Prehistoria, así como el simpático y completísimo Museo Municipal del Ferrocarril. Y es también sus bibliotecas y ese núcleo irradiador de cultura y oportunidades: su centro de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, el primero de Extremadura.

Allí debemos igualmente degustar la sabiduría de su cocina, síntesis lusitana, conservada con naturalidad. El Parador Nacional es una referencia obligada, pero con menos gasto también podemos saborear un cocido extremeño, un cuchifrito de borrego, unos escalopines de retinto, pies o morros de ternera guisados o asadurilla frita en la multitud de restaurantes que con el creciente turismo cultural proliferan por todos los rincones, en especial cerca del Museo de Arte Romano y entre la calle Santa Eulalia y el Mercado de Calatrava. El vino de Tierra de Barros o Ribera del Guadiana ayudarán con eficacia a digerir tan densa oferta. Los dulces, estos dulces deliciosos de todo nuestro entorno, de almendra, huevos, harina blanca, canela y miel, serán un oportuno complemento para saborear con ellos el atractivo multiforme atesorado por la raya, donde todos vamos dejando un poco de nuestro corazón a medida que recorremos cada pequeño pueblo, mediana ciudad, soberbio paisaje, que siempre sobrecogen.